



Duque de Rivas

La morisca de Alajuar
Comedia en tres jornadas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Duque de Rivas

La morisca de Alajuar

Comedia en tres jornadas

PERSONAS:

DON FERNANDO

CORBACHO.

MARÍA, morisca.

MALEC, morisco.

MULIM-ALBENZAR, morisco.

ZEIR, morisco.

EL CONDE DE SALAZAR.

UN SECRETARIO.

FELISA, cristiana.

UN ALCAIDE.

ABDALLA, alfaquí morisco.

DONCELLAS ALDEANAS, moriscas.

EL MARQUÉS DE CARACENA.

PASTORES, moriscos.

EL COMENDADOR MAYOR.

MORISCOS CONJURADOS.

EL CAPITÁN GARCÍA.

SOLDADOS ESPAÑOLES.

UN SARGENTO.

La acción pasa en el reino de Valencia a fines del año de 1509 y principios del de 1610

Jornada primera

ESCENA PRIMERA

Representa una amena cañada en las cercanías de la villa de Alajuar, rodeada de ásperos montes. Después de cantar dentro los cuatro primeros versos, salen diez o doce jóvenes ALDEANAS moriscas, y detrás de ellas, MARÍA y FELISA; todas con cantarillos, como que van por agua a la fuente

TODAS.

(En coro, dentro):

No tenga fe ni esperanza

quien no estuviere en presencia.

TODAS.

(En coro, dentro):

Pues son olvido y mudanza

las condiciones de ausencia.

(Entran todas).

ALDEANA 2^a

(Canta):

Quien quisiere ser amado,

trabaje por ser presente,

que cuan presto fuere ausente,

tan presto será olvidado.

ALDEANA 1ª

(Canta):

No tenga fe ni esperanza

quien no estuviere en presencia.

TODAS.

(En coro cantan):

Pues son olvido y mudanza

las condiciones de ausencia.

(Vanse).

MARÍA.

(Deteniendo a Felisa).

Déjalas llegar, amiga,

al dulce raudal, y aquí

queda un rato junto a mí,

a consolar mi fatiga.

Que esa insensata canción,

con que dan vida a este ejido,

todo un infierno ha metido

en mi roto corazón.

Y miente la letra, miente,

pues amor que no es vulgar

nunca más firme ha de estar

que cuando está en un ausente.

FELISA.

Singular es tu constancia,

¡oh hermosísima María!,

y ese amor, que desafía

al tiempo y a la distancia.

En hora menguada vino

don Fernando a este lugar,

tu tierno pecho a enredar

en tan ciego desatino.

MARÍA.

No digas eso, que yo

bendigo el feliz momento

en que para alojamiento

mi casa y mi pecho halló.

En aquella temporada

que le tuve junto a mí

tan venturosa me vi,

y tan amante y amada,

que con su recuerdo sólo

soy la más feliz mujer

que en el orbe puede haber

desde un polo al otro polo.

Y un porvenir tan risueño

de encanto y felicidad

se presentó a mi ansiedad,

que voy tras él con empeño.

FELISA.

¡Ay, que los recuerdos son

dejos de un bien acabado,

y un porvenir no ha pasado

jamás de incierta ilusión!

No es, no, tan desatinada

la letra de ese cantar,

que sólo te da pesar

porque estás alucinada.

Si tuvieras mi experiencia

(ya la tendrás algún día),

conocieras, hija mía,

de tu pasión la demencia.

No es decir que quepa engaño

en el pecho de tu amante;

será muy firme y constante,

pero ¡está sin verte un año!

MARÍA.

Cuando, ¡ay de mí!, se marchó

de esa Flandes a la guerra,

antes de un año a esta tierra

volver amante juró.

FELISA.

Ya el año cumplido es.

MARÍA.

Y yo con gran fe lo aguardo,

que no es, Felisa, retardo

sólo el retardo de un mes.

FELISA.

De los que se van, dejando

en España empeños locos,

a esa Flandes, vuelven pocos.

MARÍA.

Uno será don Fernando.

Si conocieras, amiga,

los extremos de su amor,

de su palabra el valor

y de su alma, que bendiga

Dios, los dotes celestiales,

como yo los conocí,

no me afligieras así

con desconfianzas tales.

Vendrá, ama mía; vendrá.

FELISA.

Pero, aunque vuelva, ¿qué esperas...?

Quién eres no consideras,

ni sabes quién él será.

Tú, morisca...

MARÍA.

(Con viveza).

Yo, cristiana.

FELISA.

(Con ternura).

¡Hija idolatrada!... Sí,

que de madre te serví

desde tu niñez temprana,

y con mi leche mamaste

la fe más pura y leal,

siendo mi gozo cabal,

porque en ella te afirmaste.

Y tu sangre misma..., ¡ay triste!,

sin madre desde la cuna...

Dios te ha dado la fortuna

de que en mis brazos creciste.

Pero al asunto tornando

de tu amor, pues con razón

se me parte el corazón

otros tiempos recordando,

te diré que, aunque cristiana,

eres morisca, María,

en quien nunca halla hidalguía

la soberbia castellana.

Y de tu amante, aunque sea

falso el nombre que nos dijo,

la ilustre alcurnia colijo

de la insignia que campea

roja en su pecho español,

¡y te querrá para esposa,

aunque te adore cual diosa,

y le parezcas un sol!

MARÍA.

(Con dignidad).

Hubo moros caballeros,

y moros reyes también.

¡Y quién quitar puede, quién,

su sangre a sus herederos!

La familia de Albenzar,

por más que el hado la humilla,

ni a los reyes de Castilla

nobleza debe envidiar.

Que en los muros de Jaén

ha dejado fama eterna,

y hoy un Albenzar gobierna

las torres de Tremecén.

Y si la cristiana cruz

aun lo más vil avalora,

no ha de oscurecer ahora

de mi nobleza la luz.

FELISA.

(Aparte).

En cuanto hace, piensa y dice

descubre su sangre hidalga.

¡Oh recuerdos!... ¡Dios me valga!;

no sé si bien o mal hice.

(Alto).

¡Ah!, si insensatos no fueran

de tu morisca nación

los nobles, con más razón

de su estirpe alarde hicieran.

Tal vez cual cristiana vieja

y cual de sangre española

pienso yo.

MARÍA.

No eres la sola,

pues a mí también me aqueja

ver a la raza africana,

ya española, y que debía

con noble y leal bizarría

ser española y cristiana,

cerrar con obstinación

los ojos a la verdad,

y buscarse, ¡oh ceguedad!,

continua persecución.

FELISA.

¿Tu talento ha traslucido

los altos intentos...?

MARÍA.

Sí;

los intentos locos di,

y que el corazón partido

me tienen, pues los cristianos

los conocen y los ven,

y alistan fuerzas también

para que resulten vanos.

Verás, pues, que los rigores

que dos veces se temieron

y que evitarse pudieron,

van a renacer mayores.

Y verás de los moriscos

en la osada resistencia

sólo una ciega demencia

que ensangrentará estos riscos.

FELISA.

Pues tu padre es...

MARÍA.

Harto lloro

la obstinación en que vive

y ese obsequio que recibe

de todo este pueblo moro.

FELISA.

(Con burla).

¿Esperanzas no te dan

esas cosas que han contado

de Alfatín, el encantado

en las sierras de Espadán,

de quien dice el alfaquí

que sobre un verde corcel

el imperio de Ismael

ha de restaurar aquí?

MARÍA.

(Con desprecio).

Yo soy, Felisa, cristiana,

cristiana de corazón,

y oigo con indignación

esa creencia musulmana.

Sólo desdichas espero

de ese ardor mal entendido,

que en nuestra gente ha encendido

tanto ambicioso embustero.

Mas no hablemos de esto, no;

hablemos de don Fernando,

a quien estoy esperando

con el alma toda yo.

(Voces dentro).

UNA.

¡Detente!...

OTRA.

A la ladera...

OTRA.

Atajad por aquí.

DON FERNANDO.

(Dentro).

¡Cielos!

CORBACHO.

(Dentro y muy lejos).

Espera.

MARÍA.

(Sobresaltada).

¿Qué acento da ese monte,

que poblando de horror el horizonte

causa en mi corazón mortal desmayo?

FELISA.

(Asombrada y mirando adentro).

Como encendido rayo

o perdido cometa,

desbocado bridón que no sujeta

el freno roto ya, veloz se mete

con peligro espantoso del jinete

en lo más intrincado de esas breñas.

MARÍA

(Mirando adentro).

Sí, ya le veo entre las altas peñas,

que exhalación parece;

y su dorada piel, que resplandece

del sol a las vislumbres,

enciende con relámpagos las cumbres.

Dijérase que uniendo va con saltos

las bajas nubes y los montes altos.

FELISA.

¡Cuán firme el caballero

sobre la espalda va del monstruo fiero,

¡oh desdichada suerte!,

despeñado a los brazos de la muerte.

(Asustada y en ademán de huir).

Hacia aquí viene... Huyamos,

que a ser despojo de su furia vamos.

MARÍA.

(Horrorizada y apartando la vista).

Precipitóse..., ¡cielos!... ¿No lo viste?

¡Espectáculo triste!

Tropezó con un risco,

que es ya de su sepulcro el obelisco.

FELISA.

(Mirando adentro con ansiedad).

Ya acuden los pastores...

Quieran del Cielo airado los rigores...

MARÍA.

(Desalentada).

Vamos.... démonos prisa.

Vamos allá, Felisa...

(Titubeando).

Mas, ¡ay!..., andar no puedo...;

rémora de mis plantas es el miedo.

¡Ay de mí, desdichada!

(Cae desmayada en brazos de Felisa).

FELISA.

(Sosteniéndola).

¡Cielos, cielos!... ¡María desmayada!

Ya en gualdas se han tornado

las rosas de su rostro delicado.

Y la boca entreabierta,

y los labios de hielo

parecen, ¡ay!, la puerta

por do quiere volar el alma al cielo.

¡María! ¡Ay de mí, triste! Ya me falta

vigor para en mis brazos sostenerla;

sobre este césped, que el abril esmalta,

mientras busco socorro, he de ponerla.

Y corriendo a la fuente

agua traeré con que regar su frente.

(La coloca a un lado sobre un ribazo).

¡Ay cielos!... ¡Hija mía!

Caduco miro en su semblante el día.

(Vase. Entra Don Fernando, descompuesto sin capa ni sombrero, con la ropilla abierta, lleno de lodo y con algunos piquetes en el rostro. Le rodean cuatro o seis pastores moriscos).

DON FERNANDO.

Yo os adoro rendido,

¡oh Dios Omnipotente y bondadoso!,

que en peligro tan grave y espantoso

amparado me habéis y defendido.

Y a vos, ¡oh buena gente!,

gracias os doy postrado,

pues tan caritativa y diligente

para darme socorro habéis volado.

Retiraos; no fue nada

el golpe; la maleza enmarañada

lo quebrantó de modo

que lo que sangre fuera, sólo es lodo.

Esa vecina fuente

me dará refrigerio competente

para el susto en sus plácidos cristales.

Tornad a esos fragosos peñascales,

en pos del bruto alado,

que tal vez del ladrido importunado

de vuestros fieles perros,

desatado huracán, cruzó los cerros,

hundiéndose a sí mismo

y a mí con él en tan profundo abismo.

Si le halláis vivo, os ruego

que de mano al lugar lo llevéis luego.

Y os conjuro busquéis a un fiel criado,

que al mirarme empeñado

en tan tremendo lance,

por socorrerme se arrojó al alcance.

Y aun le escucho perdido en esas breñas

darme de su lealtad con llanto señas.

(Vanse los pastores).

Allí la clara fuente me convida

con su líquido hielo.

(Repara en María).

Mas ¿qué es esto que miro? ¡Santo cielo!

Desmayada o dormida,

una mujer sobre la hierba yace,

y mi pecho al mirarla se deshace.

(Se acerca y la reconoce).

¡Infelice de mí! ¿Deliro...? ¿Sueño...?

Mi dulce encanto, mi adorado dueño.

¡Oh celestial María!

¿Así te encuentra, ¡oh Dios!, el ansia mía?...

¡Oh!, despierta, mi bien, mi amor, despierta.

(La mueve y examina).

¡Cielos!..., helada..., yerta.

¡Ay!...: ¿Para hallarla así salvé la vida?

Siempre una desventura

es de otra más atroz prenda segura.

¡María..., mi María...! ¡Oh Dios!...

(La observa).

Acaso

a la respiración aun lento paso

da el labio desteñido,

y del todo el calor aun no perdido.

Para poderle dar presto socorro

hacia la fuente arrebatado corro.

(Va a marchar y se detiene).

Mas aquí una aldeana a toda prisa

desde la fuente viene.

Y con agua vendrá, puesto que tiene

un cántaro en la mano... ¡Ay, que es Felisa!

(Entra Felisa con un cantarillo, y se detiene al ver a Don Fernando).

FELISA.

¿Un caballero allí?... ¿Qué importa? Vuelo,

que en desmayo mortal yace en el suelo.

(Se acerca y reconoce a Don Fernando).

¡Oh señor don Fernando!

DON FERNANDO.
¡Ay Felisa!... ¿Qué es esto?

FELISA.
Desventuras, señor.

DON FERNANDO.
Con agua presto

regad el rostro de azucena.

FELISA.
Cuando

de breños el confuso laberinto

cruzar vio a un despeñado, que sin duda

erais, a lo que infiero,

por amoroso instinto

os conoció tal vez, y yerta y muda

cayó cual veis.

(Salpica con agua el rostro de María).

DON FERNANDO.
¡Oh celestial María!

(Se sienta junto a ella, la incorpora, sosteniéndole la cabeza).

FELISA.
Ya torna en sí.

DON FERNANDO.

Torna a lucir el día.

¡María!

MARÍA
(Volviendo en sí).

¿Dónde estoy...?

DON FERNANDO.
Sobre mi pecho.

MARÍA.
(Desalentada).

¿Y el infelice que pedazos hecho...?

DON FERNANDO.
(Arrojándose a sus pies).

A tus plantas tu vida idolatrando.

MARÍA.
(Abrazándolo, transportada de gozo).

Delirio?... ¡Oh confusión!... ¡Cielo!... ¡Fernando!

(Permanecen abrazados un instante, y se sientan juntos, con muestras de gran ternura y contento).

¿Es engañoso?... ¿Es ilusión?

¿Estoy soñando o despierta...?

Mi oprimido corazón

duda, y duda con razón,

que sea tanta dicha cierta.

DON FERNANDO.

Sí, hermosísima María;

tu tierno y rendido amante

torna amoroso y constante,

a tus plantas este día,

de un gran peligro triunfante.

Que para poder lograr

tan alta y dichosa suerte,

cual es la de merecerte,

es fuerza antes arrostrar

los peligros de la muerte.

MARÍA.

¿Conque fuisteis vos, Fernando,

fuisteis vos aquel que vi...?

DON FERNANDO.

Divino dueño, yo fuí

el que esos cerros salvando...

MARÍA.

¡Cuán presto, ay Dios, lo temí!

¿Y no os habéis hecho nada

con un golpe tan tremendo...?

¡Ay de mí, que os estoy viendo,

y aún indecisa y turbada

que deliro estoy creyendo!

DON FERNANDO.
De un ángel en la presencia

nunca puede ocurrir mal,

y tú el ángel celestial

fuiste, que la Providencia

me dio en el trance mortal.

MARÍA.
(Sobresaltada).

Pero aun estáis demudado...

con sangre en el rostro..., sí.

DON FERNANDO.
Acaso cuando caí

entre el ramaje acopado

sin yo sentirlo me herí.

Mas no es nada.

MARÍA.
(Afligida).

La caída

resultas puede tener.

DON FERNANDO.
(Con gran ternura).

Pues ya os he llegado a ver,

segura tengo la vida,

y nada debo temer.

MARÍA.
(Se levanta inquieta y solícita, y toma el cantarillo de Felisa).

¡Ah! Bebed, bebed, os ruego...

Que os limpie el rostro dejad.

(Se lo limpia con el delantal).

¡Ay!... no cesa mi ansiedad,

no puedo lograr sosiego

al veros así... Tomad.

(Le da de beber, y en tanto continúa, dirigiéndose a Felisa):

Ya ves, ya ves, ama mía,

si esperaba con razón,

si mi amante corazón

con motivo desmentía

la impertinente canción.

DON FERNANDO.
(Al acabar de beber).

Agua dada por tu mano,

¡oh MARÍA angelical!,

medicina es celestial,

es bálsamo sobrehumano

capaz de hacerme inmortal.

(Sale Corbacho muy fatigado, y trae en la mano el sombrero y la capa con cruz de Santiago de don Fernando).

CORBACHO.
Pues, señor, yo lo celebro.

Cuando encontrarte creí

al pie de un áspero risco,

hecho pedazos dos mil,

tornando los arroyuelos

en espumoso carmín,

y las hierbas de esmeralda

en corales o en rubís,

te encuentro, Dios te bendiga,

cual nunca sano y gentil,

sentado en pintadas flores

y en brazos de un serafín.

Si de todas tus caídas

te levantas tan feliz,

¡vive Dios!, que a cada instante

a despeñarte has de ir.

MARÍA.

¡Corbacho!

CORBACHO.

¡Señora mía!...

¡Felisa!

FELISA.

¿Tú por aquí?

CORBACHO.

La sogá tras el caldero,

tras de su dueño el mastín.

Pero, señor, ¿estás vivo...?

¿Estás vivo, sin mentir?

Pues según ha sido el golpe,

me asombro de verte. Y si

estás ya muerto, y tan sólo

eres ánima sutil,

me has dado el chasco más grande.

DON FERNANDO.

No entiendo... ¿Qué chasco...? Di.

CORBACHO.

Pues, qué, ¿te parece flojo?

¿Pudiera yo discurrir

jamás, sabiendo quién eres,

y cómo vives, en fin,

que sin confesión muriendo

te encontraras en un tris,

no digo en el purgatorio,

dueño de la gloria así?

DON FERNANDO.

Y qué bien, amigo, dices,

porque mi gloria está aquí.

La presencia de MARÍA,

luz de mi estrella feliz,

me amparó con su influencia,

y me salvó de morir.

CORBACHO.

Si conforme diste en blando

sobre el mullido cojín

de lantiscos y retamas,

contra el peñasco, que allí

está a dos dedos, te dieras

el coscorrón, juro a mí

que del mundo las Marías

todas, aunque sean cien mil,

ni las Blasas, ni las Petras,

ni las Victorianas, ni

las Alfonsas te libran

(aunque estrellas del cenit

y flores del Paraíso

fueran en brillo y matiz)

de ser hoy huevo estrellado

o tortilla en perejil.

Mas ponte, señor, la capa;

toma el sombrero, que así

pareces una figura

de un desgarrado tapiz.

(Don Fernando se levanta, y, ayudado por Corbacho, se pone la capa, ajusta la ropilla, se limpia el lodo y se pone el sombrero, siguiendo entre tanto el diálogo).

Pero esto, al cabo, ¿qué ha sido?,

pues no lo sé, aunque lo vi.

DON FERNANDO.

Al embestirme los perros

que salieron del redil,

un bote dio mi caballo,

por sujetarlo rompí

el freno, y partió furioso.

CORBACHO.

¡Endemoniado rocín!

¡Después de catorce leguas,

que no son grano de anís,

y de, sin descanso alguno,

desde Flandes hasta aquí

jornada tras de jornada,

y no muy cortas, venir!

DON FERNANDO.

No he visto otro más ligero;

era un corzo, era un neblí.

CORBACHO.

Un desatado demonio

debieras, señor, decir.

DON FERNANDO.

¿Y lo encontraron?

CORBACHO.

Tendido

y harto maltrecho. Hacia allí

se lo llevan los pastores,

desencajado un cuadril.

Mas en Alajuar entremos,

señor, y mira por ti.

Date luego una sangría,

pues suelen después salir

resultas de estos porrazos.

MARÍA.

(Levantándose con viveza).

¡Ay mi don Fernando!... Sí,

vamos al punto a mi casa,

donde os saldrá a recibir

mi buen padre con los brazos,

dándose por muy feliz

de que a honrar vuelva su choza

caballero tan gentil.

DON FERNANDO.

Vamos, pues, a donde quieras,

¡oh divino querubín!

Tan encantado me encuentro

en estando junto a ti,

que cualquier parte del mundo

es el Cielo para mí.

(Vanse).

CORBACHO.

Vamos, Felisa, que el susto,

y el vocear, y el gemir

me han abierto el apetito,

FELISA.

(Recogiendo su cantarillo y el de MARÍA).

Corbacho, a almorzar venid.

(Vanse).

ESCENA II

Sala de Ayuntamiento de la villa de Alajuar, y salen MULIM-ALBENZAR, MALEC, ZEIR y diez o doce MORISCOS de distinción, vestidos todos con bragas a la morisca y borceguíes, ropilla y capa a la española, sin golilla ni gorguera y sombreros blancos de falda, y en ellos cosidas grandes medias lunas de paño azul, que era entonces el distintivo de su raza. Todos manifiestan gran respeto a ALBENZAR

MULIM-ALBENZAR

Pues que don Diego Quijano

se ausentó con Pedro Rueda.

y por fortuna no queda

aquí ya ningún cristiano,

siendo los dos solamente

los que en nuestro Ayuntamiento

este año tienen asiento,

vamos a lo más urgente.

Lisonjeras y propicias

de todo aqueste contorno,

para el pensado trastorno

son las últimas noticias.

Y ha nuestro alfaquí llegado

de Valencia hace un instante,

con una nueva importante,

según me ha participado.

MALEC.

En mi casa está escondido,

aguardando la ocasión.

Y por la gran confusión

que en su semblante he advertido

algún grave mal sospecho;

aunque no me ha dicho nada,

pues sabéis que es extremada

la reserva de su pecho.

MULIM-ALBENZAR

Que lo más seguro es,

pienso, el recibirlo aquí.

ZEIR.

Venga al punto, venga, sí.

MALEC.

(Receleso).

¿No fuera mejor después

verle en mi casa, no sea

que al atravesar la calle

algún cristiano lo halle?

MULIM-ALBENZAR

Nada importa que lo vea

el mismo alcalde mayor,

pues en este Ayuntamiento

el alfaquí tiene asiento,

que es nuestro procurador.

Y siendo hoy fiesta cristiana,

los cristianos de Alajuar

reunidos han de pasar

en su iglesia la mañana.

(A Malec).

Llégate al punto por él

y torna al momento.

MALEC.
(Abatido).

Voy

mas de temor lleno estoy.

¡Pobre pueblo de Ismael!

(Vase).

MULIM-ALBENZAR
Me pasma su desaliento,

cuando jamás la fortuna

presentó a la media luna

tan favorable momento.

El celo del islamismo

inflama los corazones

de nuestros claros varones,

que ansían con santo heroísmo

tantas afrentas vengar,

y en justa y reñida guerra

el dominio de esta tierra,

cual valientes, restaurar.

Alá bendice este celo

y nuestra santa intención,

de lo cual indicios son

esos cometas del cielo,

y esas voces de metal,

que en Velilla han resonado,

y que a España toda han dado

un desaliento mortal.

Llegado es, sin duda, el día

en que de Espadán la sierra

truene, y anuncie la guerra,

cumpliendo la profecía

del glorioso desencanto

de Alfatín, que en su bridón

de esmeraldas el pendón

alzará del orbe espanto.

En nuestro favor hoy sopla

el viento de la fortuna;

contamos, sin duda alguna,

con Francia y Constantinopla.

Mi primo, que a Tremecén

rige, sus naves apresta;

la ocasión segura es ésta.

¿Quién podrán dudarlo, quién?

Del alfaquí las noticias...,

¿por qué malas han de ser...?

Yo espero, y lo vais a ver,

que han de sernos muy propicias.

ZEIR.

Con Malec hacia aquí viene.

(Entra Malec y Abdalla, alfaquí, con barba blanca de anciano. Sobre el traje morisco-español traerá un albornoz blanco; mostrará el semblante grave y sombrío).

MULIM-ALBENZAR
(Con afecto).

¡Oh Abdalla!... Seas bien llegado...

TODOS.
(Rodeándole).

¡Oh Abdalla!...

ZEIR.
¡Cuán deseado!

MALEC.
(Aparte).

¡Qué aspecto tan triste tiene!

ABDALLA.
(Con tono solemne).

Dios es grande, Dios es grande.

Y aquello que escrito está

sin falta se cumplirá.

MULIM-ALBENZAR
Cúmplase, pues, lo que él mande.

ZEIR.
Abdalla, de tu expresión

y de tu rostro colijo,

y me confundo y me aflijo,

que tus nuevas malas son.

MALEC.

Hablad; las nuevas decid...

ABDALLA.

Dios es grande. Reverente

postrarse debe el creyente...

MULIM-ALBENZAR

(Impaciente).

Pero ¿qué nuevas...?

ABDALLA.

Oíd.

Noble Mulim-Albenzar

y generosos varones,

víctimas de los pecados

de nuestros claros mayores,

pero que al Profeta fieles

y a la gloria de su nombre

ansiáis restaurar su imperio,

que debe regir al orbe:

sin que desaliento siembren

en vuestros pechos mis voces,

atentamente escuchadlas,

y resolved lo que importe.

Pues tal vez, cuando más recia

la borrasca el aire rompe,

más cerca está la bonanza

que en bien las desdichas torne.

A veces quiere fortuna,

redoblando los rigores,

de sus predilectos hijos

el temple y constancia noble

probar, y obstáculos nuevos

a empresas altas opone

adrede, porque la gloria

de quien los vence sea doble.

Pasé a Valencia la insigne,

cual sabéis, con intenciones

de recibir las respuestas

que de la francesa corte

y de la imperial Bizancio

esperábamos. Y acordes

el rey Enrico de Francia

y el Gran Señor sus favores

y su poderoso auxilio

nos ofrecen.

MALEC.

Pues entonces...

con un socorro tan grande...

ZEIR.

¿Qué habrá, di, que nos asombre?

ABDALLA.

Ved que sólo con ofertas

ambos príncipes responden;

con ofertas de ayudarnos

cuando el triunfo nos corone.

Pero nada nos envían;

ni armas ni naves disponen

para empezar nuestra empresa

y romper nuestras prisiones,

que es cuanto necesitamos

de amigos y auxiliares.

(Ligera pausa, en que unos muestran abatimiento y otros indignación).

Esto ya me lo temía,

porque conozco a los hombres,

y sé que los abatidos,

los que en duros eslabones

yacen, míseros esclavos,

para dar el primer golpe

no han de contar con más fuerzas

ni con otros valedores

que con las que da el despecho,

que con los que el Cielo pone

en idénticos apuros,

en iguales aflicciones.

Pero no penséis, amigos,

que el corazón me destroce

este primer desengaño;

ni es él, creedlo, quien pone

nuestra causa en duro aprieto,

pidiéndonos hoy a voces

o resolución gallarda,

o resignación conforme.

MULIM-ALBENZAR
(Receloso).

Si la falta de un apoyo,

de que tú mismo dudabas,

no motiva el desaliento

que se pinta en tus palabras,

¿Cuál no previsto accidente,

cuál nueva desdicha, Abdalla,

esa dura alternativa

con tal premura nos traza?

¿Desisten las poblaciones

de estas ásperas montañas

(sólo casi por moriscos

favor del Cielo habitadas)

de dar el grito de guerra

que ha de trastornar a España?

¿Por ventura esos prodigios,

que han manifestado clara

la protección que los Cielos

dispensan a nuestra causa,

y que tú mismo, tú mismo,

tan favorables juzgabas,

se han tornado infausto agüero?

¿Qué ocurre, pues...? Dilo, acaba.

ABDALLA.

No se ha entibiado el aliento

que da vida a estas montañas,

ni la decisión valiente

que es honra de esta comarca;

decisión y aliento santo

de que impacientes aguardan

su remedio los moriscos

que pueblan la extensa España.

He recorrido afanoso

en esta rápida marcha

varios valles de estas sierras,

en todos arde la llama

del valor, y Guadalete,

Ayora, Teresa, Ubácar,

Navarrés, La Muela, Murla,

que Alajuar dé el grito aguardan,

porque en ti, Albenzar gallardo,

se cifran sus esperanzas.

Tampoco de mal agüero

pueden ser las señas varias

con que el Cielo nos anima

y a los cristianos espanta.

Y la aparición, sin duda,

de Alfatín está cercana,

pues ya de Espadán los riscos,

según me informé, presagian

con horrendos terremotos,

y con voces subterráneas,

que un gran prodigio conmueve

sus misteriosas entrañas.

MALEC.

Pues ¿por qué, dime, te turbas...?

ZEIR.

¿Por qué, amigo, te acobardas?

ABDALLA.

Al que tiene interés grande

en una empresa muy ardua,

para los inconvenientes

huye de encontrar palabras,

y esto, amigos, me sucede.

MALEC.

Fuerza es que expliques...

MULIM-ALBENZAR

(Impaciente).

Acaba.

ABDALLA.

Al punto que entré en Valencia

supe..., ¡ay de mí!... que llegaban

a todas estas marinas,

cubriendo todos las playas

de Cartagena a Tortosa,

cuantas galeras España

allá en Génova tenía,

y en las costas africanas,

y en Nápoles, y en Palermo,

y en Puerto-Mahón, y en Palma.

Y que numerosos tercios

de Cataluña bajaban

al Maestrazgo; que otros vienen

de Portugal, y que en armas

están cuantas tropas sirven

al católico monarca.

Y vi llegar de la corte,

con despachos y con cartas

de gran reserva, correos,

que se esparcían en varias

direcciones, derramando

ciego terror, muda alarma,

sin que el fin se trasluciese

de prevenciones tan cautas.

Y de Salazar el conde,

varón de regia prosapia,

de carácter inflexible,

cuyo valor y arrogancia

son patentes, como el odio

que profesa a nuestra raza,

llegó a Valencia ha dos días,

con la investidura sacra

de supremo comisario

del rey. Y al punto en su alcázar

reunió el cabildo, el acuerdo,

el tribunal de la infausta

Inquisición, los maestros

de los tercios y otras varias

personas de gran valía,

de nobleza y de importancia.

Y allí se instaló un Consejo,

que empezó a obrar sin tardanza

reasumiendo autoridades

y facultad soberana

compuesto del mismo conde,

que lo preside y lo manda:

del marqués de Caracena

visorrey, del patriarca,

del comendador mayor

de Castilla en Calatrava

y del valiente Mexía,

general de ilustre fama.

Y al publicarse estos nombres

y el gran poder que formaban,

las tropas aparecieron

con pendones y con armas,

con mechas la artillería,

y se alzó la horca en la plaza.

El pueblo quedó confuso,

la ciudad toda aterrada,

los ánimos abatidos,

sin que nadie penetrara

de tal trastorno el objeto,

de tanto apresto la causa.

Cuando al sonar mediodía,

aquí el aliento me falta,

desprendióse el rayo ardiente

de la nube encapotada;

vomitó el volcán oculto

sus asoladoras llamas;

lanzó aquel mar borrascoso

el monstruo de sus entrañas

contra cuantos descendemos

de la estirpe musulmana.

MALEC.

¡Cielos!... Más ¿cómo?...

ZEIR.

¿Qué dices?

MULIM-ALBENZAR

Dejémosle hablar. Acaba.

ABDALLA.

Publicóse por Valencia

con repique de campanas,

con gran clamor de clarines,

con ronco estruendo de cajas,

con nunca visto aparato,

con solemnidad extraña,

bando de exterminio y muerte

contra la morisca raza.

(Profunda sensación en todos los moriscos).

MALEC.

¡Qué horror!

ZEIR.

¡Qué crueldad! ¡Oh cielos!

MALEC.

De nuestros planes la trama

se ha descubierto, no haya duda.

¿Cómo el secreto...?

MULIM-ALBENZAR

(Suspense).

No faltan

nunca traidores, y alguno

vendió su fe. Pero, Abdalla,

ese bando que escuchaste,

esa tremenda ordenanza

¿no será un amago sólo,

una impotente amenaza?

¿No será trueno sin rayo,

cual lo ha sido veces tantas?

ABDALLA.

Ahora juzgo que no hay medio

de conjurar la desgracia.

En término de dos meses

no ha de quedar en España

ni un morisco. El duro bando

salir al punto nos manda

de esta deliciosa tierra,

que al cabo llamamos patria,

nuestras haciendas vendiendo

y dejando nuestras casas.

Y que seamos conducidos,

¡fiero rigor!, entre armas,

cual míseros delincuentes

y sin que excepciones haya,
a los más cercanos puertos,
en donde están preparadas
naves, en que almacenados
nos conduzcan sin tardanza,
ni más amparo que el Cielo,
a las berberiscas playas.

Y pena de muerte impone
la tiránica ordenanza
al que se esconda o excuse
un punto cumplimentarla.

Y también pena de muerte
al cristiano que intentara
darnos amistoso auxilio
o el amparo de su casa.

MALEC.
¡Oh desdicha!... ¡Oh suerte horrenda!

ZEIR.

¡Oh furor!

MULIM-ALBENZAR

Me ahoga la rabia.

¿Mas tendrá efecto tal orden?

Di: ¿podrá tenerlo, Abdalla?...

ABDALLA.

El aparato solemne

con que ha sido decretada,

esos tercios, esas naves,

y el ser quien de ella se encarga

el conde de Salazar,

cuyo tesón y arrogancia

son proverbiales, afirman

que es cierta nuestra desgracia.

Cuando salí de Valencia,

abatida y aterrada,

ya diversos comisarios

con tropas se preparaban

a esparcirse en el momento

por todas estas comarcas

a dar cumplimiento al bando

con celeridad extraña.

Ved, ¡ay!, cuántas vejaciones

a un tiempo nos amenazan.

La menor es el destierro.

Más duras y más amargas

hemos de apurar..., ¡ay tristes!

Amigos, consideradlas.

(Muestran todos gran abatimiento).

Ya tal vez por el camino

viene, y llegará mañana

en medio del aparato

de arcabuces y de lanzas,

el que robe nuestros bienes,

el que manche nuestras famas

y nuestra honra en las personas

de hijas, esposas y hermanas;

el que nuestros tiernos hijos

nos arranque con las almas.

El que, en fin, harto de horrores

nos saque de nuestras casas

abrumados de cadenas,

ludibrio de infiel canalla,

y nos conduzca a esas naves

para alejarnos de España.

Ver si con razón me aflijo;

ved, pues, si queda esperanza.

MULIM-ALBENZAR. (Con desesperada resolución, quitándose el sombrero).

Sí queda, ¡voto a Alá! Queda la muerte,

que es preferible a tanta desventura,

y arrostrar con valor el trance fuerte,

alarde haciendo de marcial bravura.

Triunfar acaso logran de la suerte

más lamentable, embravecida y dura

un noble arrojo, un generoso pecho

y aquel santo furor que da el despecho.

No presentéis cobardes la garganta

al cuchillo, cual tímidos corderos.

En tanto apuro, en desventura tanta,

vuestro antiguo valor cobre sus fueros,

y si el cristiano la soberbia planta

en la noble cerviz ha de ponerlos,

antes se anegue en un sangriento lago,

y el triunfo compre con su propio estrago.

Resuene en Alajuar el santo grito,

y ecos encontrará por toda España.

De los nuestros el número infinito

arde hace tiempo en vengativa saña.

Este horrendo rigor tan inaudito,

esta persecución nueva y extraña

apresure el trazado movimiento;

sea la señal del súbito alzamiento.

Sí, nobles y oprimidos musulmanes,

que de España os llamasteis los señores:

tengan honroso fin nuestros afanes,

digno de nuestros ínclitos mayores.

Tremolada en guerreros tafetanes

torne a esparcir gloriosos resplandores

(Agita el sombrero y les señala en él la media luna de paño azul).

esta luna sin luz, marca hoy de afrenta,

que esclavitud y oprobio representa.

(Agitación general).

Tal vez, y con razón, el Cielo airado
de ver que nuestra empresa se retarda,
excitar de este modo ha decretado
nuestra resolución firme y gallarda.

Al fuego del valor desesperado
la España toda se confunda y arda,
o el dominio, o la muerte en esta tierra.

TODOS.
(Con gran entusiasmo).

¡Viva, viva Albenzar! ¡Venganza y guerra!

MULIM-ALBENZAR
(Con dignidad y entereza).

Basta. Ese grito heroico descendientes
de abuelos tan preclaros os pregona.
Que otra vez el valor de los creyentes
desde Cádiz se extienda a Barcelona,
o en la honrosa demanda, cual valientes

pereciendo, logremos la corona

con que nombre inmortal sólo se alcanza.

TODOS.

¡Viva, viva Albenzar! Guerra y venganza.

ABDALLA.

(Con fervor).

Bendito por siempre Alá,

y el Profeta sea bendito,

que os inspiran ese grito,

que de victoria será.

Cesó ya mi abatimiento,

pues nacía de temer

que iban mis nuevas a ser

para vos de desaliento.

Mas si produjeron ya

tan noble resolución,

dichosa fue mi misión.

TODOS.

¡Bendito por siempre Alá!

MULIM-ALBENZAR.(Calándose el sombrero y con tono de autoridad y de mando).

Pues, amigos, no perdamos

en acción tan importante

tiempo alguno, y al instante

a ponerla en obra vamos.

El castillo que campea

en ese cerro plantado,

aunque está desmantelado

nuestro firme apoyo sea.

Malec, sin perder momentos

ocúpalo con tu gente

y apresta lo conveniente

de armas y de bastimentos.

Yo tengo oculto un cañón

que a sus muros subirá,

y en ellos tremolará

nuestro lunado pendón.

A su abrigo conduzcamos

viejos, niños y mujeres,

nuestros tesoros y haberes,

que así más sueltos quedamos.

Con seis jinetes, Zeir,

de Valencia has de guardar

el camino, sin dejar

a nadie, a nadie, venir,

como no sean moriscos,

que a su santo rito fieles,

vengan a coger laureles,

en estos pelados riscos.

En Alajuar sin recato

la alarma se esparza luego,

truene el escondido fuego,

y que se toque a rebato.

Armas tenemos sobradas,

y municiones también;

en un oculto almacén

tengo cien picas guardadas,

arcabuces y ballestas,

adargas y coseletes,

dos montados falconetes,

pólvora y balas dispuestas.

Tú, Abdalla, al punto has de ir

a dar de la guerra el grito

por los pueblos del distrito,

y su aliento a dirigir.

Las vecinas poblaciones

su juventud sin tardar

nos envíen a engrosar

nuestras filas y escuadrones.

En Ayora y Navarrés

los castillos se provean,

y bien guarnecidos sean,

que importante cosa es.

MALEC.

¿No fuera bueno empezar

dando fin de los cristianos,

que, aunque pocos, tan ufanos

se Ostentan en Alajuar?

MULIM-ALBENZAR

(Con autoridad).

No, Malec. Tú mismo dices

que son pocos, y temor

no dan a nuestro valor.

¡Qué pueden los infelices!

Huirán al punto de aquí,

y marchar los dejaremos.

Con noble gloria empecemos

nuestra santa empresa, sí.

ZEIR.

Pero al alcalde mayor

es necesario prender.

MULIM-ALBENZAR

¿Qué puede un anciano hacer?

Lanzarle será mejor.

ABDALLA.

Mas es forzoso, Albenzar,

que forastero cualquiera

que hoy llegue a la villa, muera,

para el golpe asegurar.

Cual dije, a dar cumplimiento

al bando terrible, varios

alcaldes y comisarios

de Valencia en el momento

iban, no hay duda, a salir.

Y el que a nuestra villa venga

fuerza es que la muerte tenga,

si es que hemos de resistir.

MULIM-ALBENZAR
Eso es justo. El forastero

que ose venir a Alajuar,

si es cristiano, ha de encontrar

la muerte en mi propio acero.

Vamos, pues.

TODOS.
¡Venganza o muerte!

MALEC.
Vamos, pues.

TODOS.
¡Guerra y venganza!

MULIM-ALBENZAR
Probemos adónde alcanza

nuestra venturosa suerte.

ESCENA III

Sala baja de la casa de MULIM-ALBENZAR, y salen FELISA, MARÍA y CORBACHO

FELISA.
Dejémosle reposar,

pues que se durmió tranquilo.

MARÍA.
Tengo, ¡ay!, el alma en un hilo,

temiéndome algún pesar.

De tal susto y de caída

tan espantosa y terrible

parece cosa imposible

haber salido con vida.

Y malas resultas temo,

aunque esté tan sosegado.

FELISA.
Debiera haberse sangrado.

MARÍA.
Lo resiste con extremo.

Ya ves que ni aun ha querido

almorzar.

FELISA.
Mas se durmió.

CORBACHO.
Pues almorzar quiero yo,

que, a Dios gracias, no he caído.

MARÍA.

¿Conoces ahora, ama mía,

si es leal mi corazón,

y si dije con razón

que don Fernando vendría?

¿Conoces ya cuán cabal

es mi amante?... Loca estoy;

mas esta dicha de hoy,

debiendo ser sin igual,

me la tiene acibarada

de su salud el cuidado,

y el modo tan desastrado

con que ha sido su llegada.

Que es mal agüero, en verdad.

FELISA.

Yo tal agüero no hallo.

Que se desboque un caballo

es tina casualidad.

MARÍA.

Y dime, Corbacho amigo:

¿se ha acordado tu señor

mucho en Flandes de mi amor?

CORBACHO.

Como constante testigo

de cuanto hace, dice y piensa,

puede mi fe asegurarte

que vive para adorarte,

y que jamás te hizo ofensa.

Eres tú su único afán

y su solo pensamiento.

Por ti anda papando viento,

hecho un pelele, un bausán.

En el campo, en el cuartel,

en la villa, en el camino,

siempre el mismo desatino

por ti he descubierto en él.

Y dormido te nombraba,

y parece que, no había

más nombre que el de María,

pues a todo lo encajaba.

¿Y al venir? ¡Oh santo Cielo!

¡Qué jornadas!... ¡Qué impaciencia!

¡Qué madrugar!... ¡Qué demencia!

En fin, a ti misma apelo,

porque más precipitado,

ni, por desdicha, más listo,

estoy cierto que no has visto

llegar a otro enamorado.

MARÍA.

Felisa, soy, venturosa.

FELISA.

(Con melancólica expresión).

Quiéralo el Cielo, María.

MARÍA.
¿Y lo dudas?...

FELISA.
¡Hija mía?

MARÍA.
¿Qué te tiene recelosa...?

FELISA.
Nada. Sabes el desvelo

con que amante te crié,

y que siempre pediré

que te haga dichosa al Cielo.

MARÍA.
(Abrazándola con ternura).

Lo sé, y que cuando perdí

mi buena madre al nacer,

Dios me concedió el tener

otra tierna madre en ti.

FELISA.
(Profundamente conmovida).

Mil veces te he repetido

que tu origen...

MARÍA.

(Interrumpiéndola con viveza).

Basta; no.

CORBACHO.

Almorzar quisiera yo,

que, a Dios gracias, no he caído.

MARÍA.

Dice bien. Anda, Felisa,

y dejemos a la suerte...

FELISA.

Hija, voy a obedecerte.

Tu padre viene, y de prisa.

(Vase con Corbacho).

MARÍA.

Como con tanta amistad

y cariño a don Fernando

trató mi buen padre cuando

pasó aquí la enfermedad,

y aquel favor le debimos

con el duque de Gandía

cuando por la gran sequía

tanto ganado perdimos,

con gran gusto va a saber

que a vernos ha regresado.

Mas ¡cielos!... ¡Qué demudado

llega!... ¿Qué podrá tener...?

(Mirando a la puerta).

Con ese infame alfaquí

se ha parado en el pontón.

¡Qué aspecto!... ¡Oh Dios! ¡Qué expresión!...

Me causa espanto... ¡Ay de mí!

Mas ya viene.

(Sale Mulim-Albenzar, receloso, pensativo y agitado, y como hablando consigo mismo. María le sale al encuentro con inocente alegría).

¡Padre mío!

MULIM-ALBENZAR

Fátima...

MARÍA.

(Con presteza).

¡Padre!... María.

MULIM-ALBENZAR
(Indeciso).

No..., que ya ha llegado el día...

MARÍA.
(Apresurada).

Dejad ese desvarío. Sabed.

MULIM-ALBENZAR
(Con sobresalto).

¿Qué...? Di...

MARÍA.
 Que ha llegado...

MULIM-ALBENZAR
¿Quién, quién? Dime...

MARÍA.
 El caballero

que hace un año, un mes entero

tuvimos aquí alojado.

El que nos recomendó

al duque con celo tal

que todo nuestro caudal

por su influjo se salvó.

MULIM-ALBENZAR
(Con muestras de sorpresa y de confusión).

¿Quién...? ¿El señor don Fernando?

MARÍA.
El mismo.

MULIM-ALBENZAR
(Agitadísimo).

¿Ha llegado hoy...?

MARÍA.
Una hora habrá.

MULIM-ALBENZAR
Muerto estoy,

¡oh cielos!... Y dime: ¿cuándo...?

MARÍA.
(Turbada).

Después de la primer misa

fuíme a la cercana fuente,

cual tu amor me lo consiente,

con mi buen ama Felisa.

Y un caballo y caballero

despeñados vi cruzar

el monte, viniendo a dar

cerca de un despeñadero.

De susto me desmayé,

y cuando a alentar volví,

sin lesión cerca de mí

a don Fernando encontré.

Era él, que se había caído,

y por milagro patente

de riesgo tan inminente

sano y salvo había salido.

Pero con el golpe y susto

estaba tal, que creí

que al punto traerlo aquí

fuera, señor, darte gusto.

(Con timidez).

Perdóname si hice mal.

Como tan alto favor

e debemos...

MULIM-ALBENZAR
(Aparte).

¡Oh rigor!...

¡Oh compromiso infernal!

(Alto, con firmeza).

¿Está en casa?

MARÍA.
Sí... Durmiendo.

MULIM-ALBENZAR
(Fuera de sí).

¡Infeliz!... ¡Terrible suerte!

Ha venido a hallar la muerte,

y yo..., ¡destino tremendo!

MARÍA.
(Asustada).

¡Padre mío!... ¡Oh confusión!

MULIM-ALBENZAR
(Precipitado).

Dime: ¿le han visto llegar...?

MARÍA.
Todo el pueblo de Alajuar.

MULIM-ALBENZAR

¡Oh desdicha!..., ¡oh perdición!

Riesgo corre su persona

si sospechan... Yo el primero

ofrecí que con mi acero...

¿Y perderé una corona...?

(Resuelto).

No, es cristiano, es enemigo...

(Saca un puñal).

MARÍA.

(Consternada y deteniéndolo).

¡Padre..., esa furia templad!

¿La santa hospitalidad

a un protector, a un amigo

dada, violaréis?

MULIM-ALBENZAR

¡Ay Dios!

MARÍA.

¿Un Albenzar eso piensa?

¿Y por qué?... ¿Cuál es la ofensa?

Volved por vos mismo en vos.

MULIM-ALBENZAR
(Confundido).

Hija mía..., se aventura...

MARÍA.
(Con vehemencia).

Y qué, ¿vos, señor, seréis

asesino, y mancharéis

vuestra sangre?

MULIM-ALBENZAR
(Resuelto y como volviendo en sí de un delirio).

Quede pura.

(Guarda el puñal).

Don Fernando viva, sí.

Sin un instante perder

huya. Ni yo he de saber

que un momento ha estado aquí.

MARÍA.
Mas ¿por qué? ¡Padre! ¡Señor!

MULIM-ALBENZAR
(Con viveza).

El pueblo airado a matarle

vendrá muy pronto, y salvarle

no podré de su furor.

MARÍA.
¿Por qué?

(Suenan dos tiros).

MULIM-ALBENZAR
(Sobresaltado).

¿No escuchas?

MARÍA.
(Asustada).

¿Qué es esto?

MULIM-ALBENZAR
(Precipitado).

Que hoy la morisca nación

va a vengar tanta opresión

en que el cristiano la ha puesto.

Que hoy va a decidir la suerte

de nuestra varia fortuna,

y a alzarse la media luna

por lograr...

VOCES.

(Dentro, a lo lejos).

¡Venganza o muerte!

MULIM-ALBENZAR

(Agitado).

Corre... Mancharme no quiero

la hospitalidad hollando.

Sálvese... Huya don Fernando.

Líbrame de un crimen fiero.

MARÍA.

(Afligida).

Su caballo está rendido.

MULIM-ALBENZAR

(Apresurado).

Que tome mi yegua pía,

que a los vientos desafía,

y por el cercado ejido

vuele y salga de esta tierra

sin acercarse a poblado,

pues en toda ella está alzado

pendón de...

VOCES.
(Dentro, cerca).

¡Venganza y guerra!

(Suenan redoble de tambores. Entran muy asustados Corbacho y Felisa).

FELISA
¡Hija del alma!... ¡Qué miedo!

El pueblo todo... ¡Ay señor!...

Al viejo alcalde mayor...

¡Ay Jesús!... Hablar no puedo.

MULIM-ALBENZAR
¿Qué dices?

FELISA.
Yo no lo sé.

CORBACHO.
Un infierno es el lugar.

Me quedé sin almorzar.

FELISA.
Las vecinas dicen que...

(Suenan voces, tambores y trompetas).

MULIM-ALBENZAR
(Con gran inquietud).

¡Hija mía..., corre, vuela!

Sálvese ese caballero...

Mis caballos, mi dinero.

¡Pronto, y con grande cautela!...

(Vase María).

CORBACHO.

Serio este negocio va.

(Vase).

FELISA.

El perro del alfaquí

corre pálido hacia aquí.

(Vase).

MULIM-ALBENZAR

¡Cielos!... ¿Si se salvará?

(Entra Abdalla precipitado).

ABDALLA.

¡Ay!, todo está perdido

si no calmas al pueblo enfurecido,

que en aqueste momento despedaza

al alcalde mayor en esa plaza,

donde la airada muchedumbre crece.

y brama, y armas busca, y se enfurece,

pidiendo en, alto grito por venganza

de los cristianos todos la matanza.

Y un rumor ha corrido

de que en tu casa tienes escondido...

MULIM-ALBENZAR

(Interrumpiéndole con viveza y enojo).

Que haya concierto y orden interesa

si se ha de conseguir tan alta empresa.

Vamos, amigos, vamos,

y ese ardor y ese aliento dirijamos.

(Vanse. Suena ruido de voces, de tambores, trompetas, tiros y campanas).

Jornada segunda

ESCENA PRIMERA

Representa una habitación interior del antiguo castillo de Alajuar; tendrá una ventana practicable que da al monte. A un lado se verán armas y municiones: al otro, un lecho de damasco, varios sillones antiguos y un bufete, Aparece MARÍA, sentada y pensativa

MARÍA.

¡Cielos!..., Felisa no viene,

y al verme en esta mansión

tan sola, mi corazón

un monte sobre sí tiene.

(Se levanta y se asoma a la ventana, y dice desde ella:)

Nada veo, no oigo nada.

Nadie descubro en la sierra.

Sin duda alguna la guerra,

¡plegue a Dios!, está acabada.

(Se retira de la ventana, vuelve al centro de la escena y se pasea inquieta).

En tan ciego desconcierto,

en tan borrascoso mar,

¿dónde puedo luz hallar?

¿Dónde se me ofrece un puerto?

Sólo desastres advierto,

hallo sólo confusión

cuando quiere mi razón

anhelosa descubrir

el probable porvenir

de tan dura situación.

Si han los moriscos triunfado

en su intento criminal,

yo cristiana, yo leal,

¿puedo quedar a su lado?

¿A mi padre coronado

veré, y ser restaurador

de la impiedad, del error,

siendo fiel..., siendo cristiana...?

Dadme, ¡oh Virgen soberana!,

en tal conflicto favor.

Y si la justicia santa

de Dios prepara el castigo

a este bando, ¿qué enemigo

contra su ley se levanta?

Si confunde audacia tanta,

y en cadalso inicuo y vil

paga la raza gentil

el crimen de rebelión,

¿yo... a mi padre...? El corazón

se me hace pedazos mil.

(Pausa).

Aunque morisca, abrigando

tan noble sangre, podía

esperar ser algún día

la esposa de don Fernando.

Mas ya..., ¡infeliz!... ¿Cómo o cuándo

de un musulmán, de un traidor,

o vencido o vencedor,

pudiera esperar la hija

que para esposa la elija

un castellano señor?

¡Ay!... Al conseguir mi anhelo,

en el venturoso instante

en que tornaba mi amante

a coronar mi desvelo,

la hermosa luz de aquel cielo

negra nube me robó,

y esta borrasca tronó,

que del solio del sol mismo

en tan espantoso abismo

mis dichas precipitó.

¡Mísera!... ¡Desventurada!

¡Con qué instinto tan certero

tuve por de infausto agüero

de mi amante la llegada!

Ya seré de él detestada.

Sí; su conciencia, su honor

le harán mirar con horror

mi raza; y ha de anhelar,

combatiéndola, expiar

haberme tenido amor.

Sólo un camino me queda

en tan angustioso apuro,

y lo seguiré, lo juro,

en cuanto seguirlo pueda.

Dios piadoso me conceda

su favor, y buscaré

un claustro, donde hundiré

esta vida sin ventura,

y en donde conserve pura

mi lealtad, mi honra y mi fe.

(Queda en profundo abatimiento, del que la saca repentino y lejano rumor de tiros y de cajas).

¿Qué escucho...? ¿Nuevo rumor...?

Todo estaba hace un momento

tranquilo.

(Corre a la ventana y continúa desde ella mirando a una parte y otra).

Gran movimiento

observo ya en rededor.

Crece el estruendo a lo lejos,

y de armados escuadrones

los yelmos y los pendones

deslumbran con sus reflejos.

Van por aquella ladera

tropas... ¡De mi padre son!

¡Cielos!... Nueva confusión

de mi pecho se apodera.

Mas ¿qué miro...? De la villa

nubes espesas de humo

se levantan a lo sumo:

espantoso incendio brilla.

A este castillo, azoradas,

las mujeres, que han bajado

al lugar abandonado,

regresan precipitadas.

Y mi buen ama Felisa...

Allí viene; sí, ella es.

(Agitando un pañuelo y en alta voz:)

Ama mía, corre, pues.

Yo te aguardo..., date prisa.

(Se retira de la ventana. Entra Felisa, muy fatigada y despavorida con una gran cesta llena de ropa y la pone sobre el bufete).

MARÍA.
(Abrazándola).

¡Ama mía!

FELISA.
¡Hija del alma,

hija mía, vengo muerta!

El retirarse las tropas

fue, sin duda, estratagema,

para coger en celada

a los moriscos dispuesta.

Y Dios sabe los peligros,

los afanes y las penas,

que a nosotras, infelices,

su cólera nos reserva

por mantenernos con ellos

en tan inicua revuelta.

MARÍA.
Pero ¿qué es esto?

FELISA.
María,

mis labios a hablar no aciertan,

que de terror y cansancio

vengo que respiro apenas.

Después de tan largos días

de afanes y de miserias,

de zozobras y de angustias,

al ver hoy a la primera

luz que las cristianas tropas

se retiraban con priesa,

abandonando la villa,

fui, cual viste, con diversas

personas a ver si acaso

de nuestras casas desiertas

algo aun salvarse podía,

trayendo a esta fortaleza

los víveres necesarios,

y que ya tanto escasean.

Llegar logré a nuestra casa,

desmantelada y abierta,

donde sólo hallé destrozos,

propios de tan cruda guerra.

Bajé, sin embargo, sola

con una luz a la cueva,

y el depósito hallé intacto

de ropas y de preseas,

que al abandonar la villa

escondimos en la tierra,

y de él traigo cuanto pude

recoger en esta cesta.

Entré a ver si algo quedaba

en la robada despensa,

cuando estruendo repentino

de cajas y de trompetas

me asaltó. Salgo a la calle

y cruzar miro por ella

a todas cuantas mujeres

como yo a dar una vuelta

a sus casas habían ido,

gritando: «¡Traición! ¡Sorpresa!

Y todas, como rebaño

que huye de voraces fieras,

corrimos a refugiarnos

a estas murallas, y apenas

tuvimos tiempo. Las tropas

del rey en la villa entran

de nuevo, y, según he visto

desde esas cercanas cuestas

dando a su justa venganza

atroz principio, la incendian.

MARÍA.

¿Y dónde mi padre...?

FELISA.

Estaba

con los suyos allí cerca,

y voló como valiente...

(Rumor lejano de cajas y de tiros).

Y empeñada la pelea...,

sin duda... ¿No escuchas?...

MARÍA.

(Asustada).

¡Ama!

FELISA.

¡Hija del alma! Si hubieras,

cual te aconsejé, dejado

a esta canalla perversa

y fugádotte conmigo a un convento,

donde conmigo...

MARÍA.
(Afligida).

Ama, cesa;

no me destroces el alma.

¿En desgracia tan horrenda

abandonar yo a mi padre...?

FELISA.
(Desconcertada).

¿A tu padre...? Me atraviesas

el corazón..., ¡desdichada!

¡Tu padre!...

(Suenan cañonazos a lo lejos).

MARÍA.
(Aterrada).

¿Oyes...?

FELISA.

Sí.

MARÍA.

Se acerca

el estruendo de las armas.

(Corre a la ventana).

¡Ay Dios!... Ya vuela en pavesas

la villa toda... A esta parte

es la espantosa pelea...;

mas sus horrores me ocultan

esas elevadas peñas.

FELISA.

¡Ay!... Retírate, María;

por la ventana pudiera

alguna perdida bala,

alguna veloz saeta...

MARÍA.

¡Ojalá!..., ¡Dios mío!

FELISA.

(Retirándola de la ventana).

Vente.

MARÍA.

(Llorando).

¿Y mi padre...?

FELISA.

(Muy agitada).

Calla, cesa;

yo de todas tus desgracias

soy la sola causa, y sea

la sola en quien el castigo

caiga de Dios.

MARÍA.
(Consternada).

¡Ama!

FELISA.
(Abrazándola).

¡Oh prenda

de desventura!... ¡Hija mía!

Correr hoy tu suerte adversa

es mi obligación. Cristiana

y española, no debiera

encontrarme en esta causa

de los moriscos envuelta.

Mas si tú lo estás, María,

que yo lo esté el Cielo ordena

porque con el Cielo tengo

por ti una terrible deuda,

y que abrazada contigo

la pague yo..., ¡ay triste!..., es fuerza.

MARÍA.
(Confusa).

No te entiendo.

FELISA.
Ni es posible

el que tú entenderme puedas.

(Queriendo cambiar enteramente de conversación y mudando de tono).

Lo mejor se me olvida

con tantos sustos y penas:

cuando bajaba a la villa,

al llegar sola a las huertas,

escuché que me nombraron,

y de terror quedé yerta.

Paréme, y en el momento

delante se me presenta,

saliendo de los vallados

que allí el callejón estrechan,

un soldado. Y al instante

reconocí con sorpresa

que era Corbacho.

MARÍA.
(Sobresaltada).

¿Quién dices?

¿Quién dices, Felisa, que era?

FELISA.
Corbacho, que al saludarme,

oyendo otras voces cerca,

tiró a mis pies esta carta,

(Saca una carta del pecho).

huyó a esconderse a gran priesa,

y salvando los tapiales

despareció.

MARÍA.

(Tomando la carta).

¿Ni siquiera

le preguntaste...?

FELISA.

Hija mía,

ni acerté a mover la lengua,

ni tuve tiempo: llegaba

gente por la misma senda,

y hallarme con él hablando

causara grandes sospechas.

un relámpago fue todo;

la aparición y la ausencia.

Mas la carta...

MARÍA.

(Turbada).

¡Ay ama mía,

mi mano al abrirla tiembla.

Toda está escrita con lápiz

y dice de esta manera:

(Lee).

«Si eres cristiana, María,

y si me tienes amor,

huye al punto con valor,

ven a ser la esposa mía.

Estoy de ti muy cercano,

en esta sierra encubierto,

donde no me ha descubierto

ni morisco ni cristiano.

Y con impaciencia espero

el que vengas, amor mío,

y porque verte confío

de pena aquí no me muero.

De esta carta el portador

a traerte salva se obliga.

Haz sin susto lo que él diga;

vente a coronar mi amor».

(Representa).

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Don Fernando

de este castillo tan cerca?

¿Y esperándome...?

FELISA.

(Enajenada).

María,

ni un solo instante se pierda...

Ahora mismo... El Cielo santo,

piadoso, al fin, nos presenta

el remedio.

MARÍA.

(Dudosa).

Pero ¿adónde,

dónde está Corbacho...? Venga.

Sin él no es posible, amiga...

Tal vez aun allí te espera,

y acaso...

FELISA.
(Resuelta).

Tornaré al punto...

(Va a marchar, y se detiene sorprendida por el ruido de un cañonazo y rumor de armas).

MARÍA.
¡Imposible!

FELISA.
En cuanto venga

la noche... Si don Fernando

está, cual dice, tan cerca;

si Corbacho entre las tropas

vigilante anda y alerta,

no nos faltará un momento...

MARÍA.
(Abatida).

Dios sabe... Esa lid horrenda

que está empeñada..., ¡ay Felisa!,

deshará tal vez... Me inquieta

nuevo terror... Si mi padre

herido a mis brazos llega,

¿cómo podré?

FELISA.

(Interrumpiéndola con vehemencia).

De Dios hija

eres primero; y si alientas

su fe santa, que te salves

donde su culto mantengas

y que huyas de este recinto

do tu nombre se blasfema

donde su ley se escarnece

con voz de padre te ordena.

MARÍA.

(Con resolución precipitada).

Pues ahora mismo, ama mía,

vamos, y en sus manos puestas...

FELISA.

Si salir fuese posible,

y en lo áspero de estas sierras

escondernos...

MARÍA.

¿Y Corbacho?

FELISA.

Yo esta noche...

(Voces y rumor cercano de armas).

MARÍA.

(Mirando adentro).

Escucha..., espera.

¿Qué es lo que veo? ¡Mi padre!

¡Virgen santa!... ¡Oh Dios, cuál llega!

Cadáver ¡ay yo, infelice!

que sus amigos rodean.

(Sale Mulim-Albenzar, herido y ensangrentado en brazos de moriscos, que le colocan en el lecho).

MARÍA.

(Arrojándose a su padre en el mayor desconsuelo).

¡Padre!... ¡Padre!

MULIM-ALBENZAR

Moriscos,

nada importa mi muerte.

Vuestro valor coronará la suerte

si defendéis constantes estos riscos

cual fieles mahometanos.

Ved cómo los cristianos

necesitan de engaños alevosos

para verse un instante victoriosos.

De este castillo en el sagrado muro,

firme cimiento de un poder futuro,

se estrelle en este día

su impotente furor y alevosía.

Acatad la bandera

de Fátima, de mi hija y heredera,

que yo dichoso muero,

cual noble caballero,

por mi fe y mi nación.

MARÍA.

(Ahogada de dolor).

¡Padre!

MULIM-ALBENZAR

(Echándole los brazos al cuello).

¡Hija mía!,

no lamentos, mi bien, la suerte mía

si es morir en tus brazos.

MARÍA.

(Cayendo de rodillas junto al lecho).

¡Ay!..., tengo el corazón hecho pedazos.

MULIM-ALBENZAR

(En tono solemne, incorporándose).

En ti mí sangre arda.

Este castillo valeroso guarda,

mira que es de tu trono el fundamento,

trono que tú has de alzar con noble aliento.

MARÍA.

¡Padre!..., fuiste cristiano...

tiempo es que como tal...

MULIM-ALBENZAR
(Esforzándose).

¡Nunca! Testigo

de que siempre he vivido mahometano

el gran Profeta sea,

y hoy a su lado en el Edén me vea.

MARÍA.
(Consternada).

¡Padre..., padre!... El castigo

teme de Dios.

MULIM-ALBENZAR
(Encolerizado).

¿Y me hablas cual cristiana?

MARÍA.
Lo soy de corazón.

MULIM-ALBENZAR
(Furioso).

Yo te maldigo.

Ser mi sangre no puede quien tal dice.

(Cae desmayado).

FELISA.
(Retirándose horrorizada).

La hora es de la verdad.

MARÍA.

¡Ay yo, infelice!

(Suena un cañonazo cerca, tambores y ruido de armas, y sale Abdalla apresurado).

ABDALLA.

Malec: nos ha vendido,

¡oh vil traición!, ¡oh infame alevosía!

Un escuadrón cristiano, que escondido

quedó en la selva umbría,

en tanto que fingiendo

el grueso de las tropas que iba huyendo,

nuestra atención llamando

hacia la villa, fuese apoderando,

de acuerdo con Malec, ¡traición villana!,

del foso y barbacana,

y entrando sin rumor por un portillo,

siembra terror y muerte en el castillo.

Todo es sangre y estrago.

VOCES.
(Dentro).

¡Santiago!... ¡Santiago!

OTRAS.
(Dentro).

¡Viva la fe, y el rey Felipe viva!

MULIM-ALBENZAR
(Arrojándose del lecho y reuniendo sus últimos esfuerzos).

No, que aun aliento yo. ¡Fieles, arriba!

(Le rodean y sostienen todos).

ABDALLA.
¿Dónde vais, infeliz...?

MULIM-ALBENZAR
(Desmayado).

A que la muerte

con la espada en la mano,

cual rey..., cual mahometano...

(Cae al suelo).

VOCES.
(Dentro).

¡Viva la fe! ¡Victoria por España!

ABDALLA.
(Aterrorizado).

Huyamos, ¡ay!, la saña

del fiero vencedor.

MULIM-ALBENZAR
(Ahogado).

¡Oh rabia!... Muero

como fiel musulmán.

(Muere).

MARÍA.
(Abrazando el cadáver).

¡Qué horror!...

ABDALLA.

Huyamos,

¡tremendo día!, del cristiano acero,

si es que aun camino de salud hallamos.

(Vanse todos, y queda María teniendo en sus brazos el cadáver de Albenzar, y Felisa a un lado de la escena).

VOCES.
(Dentro).

¡Viva la fe y el rey Felipe!

OTRAS.
(Dentro).

¡Vea

hoy su exterminio la infernal ralea!

GARCÍA.

(Dentro).

Cese ya la mortandad,

pues la victoria es segura;

a esa gente sin ventura

con hierros asegurad.

A Albenzar pronto busquemos,

puesto que se esconde aquí;

aquella es su estancia, sí;

nadie la defiende; entremos.

(Entra el Capitán García con peto y capacete, y detrás de él el Sargento y ocho o diez Soldados españoles con lanzas y arcabuces).

GARCÍA.

Rendid, perros desalmados...

(Se detiene).

Mas ¿dos mujeres no más

y un cadáver...? ¿Es quizás...?

(A la tropa).

La furia tened, soldados.

MARÍA.

(Deja el cadáver y se arrodilla delante del Capitán, pero con dignidad).

Si sois noble como dice

a voces vuestra presencia,

mirad, señor, con clemencia

a una mujer infelice.

Y si sólo por mujer

la hidalguía castellana

me la niega, por cristiana

me la habrá de conceder.

GARCÍA.

(Aparte, atónito y suspenso).

¡Cielos!... ¡Qué rara beldad!

¡Y qué noble discreción!...

Me ha robado el corazón.

(Alto a María).

Señora, de tierra alzado,

(La levanta).

que al miraros en el suelo

pierdo la razón y el tino

de terror, porque imagino

que se ha desplomado el cielo.

¿Quién sois...? Un ángel, lo veo.

Un ángel, un ángel, sí.

Mas qué hace un ángel aquí

confuso saber deseo.

MARÍA.
(Con dignidad).

Soy de Mulim-Albenzar,

muerto, como veis, la hija;

vuestra nobleza colija

mi posición singular.

Cristiana de corazón,

y fiel de veras al rey

del amor filial la ley

me puso en esta ocasión.

Sois cristiano y caballero,

habéis mi desdicha oído,

y la protección que os pido

con seguridad la espero.

GARCÍA.
(Dudoso).

¿Ese es Mulim-Albenzar?

(Al Sargento).

Reconocedle.

SARGENTO.
(Acercándose al cadáver).

Sí, es cierto;

es Albenzar, y está muerto;

de buena logré escapar.

GARCÍA.
Confuso estoy, ¡vive Dios!

SARGENTO.
Señor, a esas embusteras

no des crédito. ¿Qué esperas?

Amarremos a las dos.

GARCÍA.
Son cristianas.

SARGENTO.
Sonlo ahora

por evitar el castigo.

MARÍA.
¡Señor...!

GARCÍA.
Pues estáis conmigo

no temáis nada, señora.

(Resuelto, a la tropa).

Esta estancia respetad,

y ese cadáver sangriento

a colocarlo al momento

sobre la torre llevad.

Vea la rebelde grey

cuál es su mísera suerte,

pues ya les robó la muerte

al que aclamaron por rey.

Y con su fin la esperanza

pierda del todo esta sierra

terminándose la guerra

y cesando la matanza.

SARGENTO.

Tal vez, señor capitán,

pueden tener estos moros

aquí ocultos tesoros.

GARCÍA.

(Severo).

Si los hay, vuestros serán.

(Señalando a María).

Y que esta joya o portento

yo ansioso ya guardo ved:

mi mandato obedeced,

y retiraos al momento.

(El Sargento y los Soldados recogen el cadáver de Mulim-Albenzar, y, entre tanto, dice el Sargento):

SARGENTO.

Muy hermosa es la morisca,

y al capitán ha prendado;

pero lo juzgo excusado,

pues tiene facha de arisca,

MARÍA.

(Viendo llevar el cadáver de su padre se arroja a abrazarlo).

¡Padre!... ¡Señor!... ¡Santo Cielo!

(Se apoya, muy afligida, en Felisa).

FELISA.

¡Hija del alma!

GARCÍA.

(Aparte y envainando la espada).

¡Qué encanto

tan irresistible!... ¡Oh!... ¡Cuánto

templar su desgracia anhelo!

Mas tengo orden terminante

o de al punto exterminar

la familia de Albenzar

o de llevarla al instante

asegurada a Valencia,

donde en cadalso sangriento

sirva al punto de escarmiento

a la morisca demencia.

No la puedo libertar,

que, aunque dice que es cristiana

y al rey fiel, ¡suerte tirana!,

la heredera es de Albenzar.

¡Oh, qué celestial mujer!

Si el miedo..., la confusión...

Se perturba mi razón;

no sé lo que voy a hacer.

En caso tan inaudito...

¡Ay!..., si me amara, podría...

Abrásase el alma mía,

y en su amor me precipito.

(Alto, a María).

En vos, ¡oh hermosa!, volved,

aunque es harto dura y fuerte

vuestra lamentable suerte,

que estáis en mis manos ved.

El ser sangre de un traidor,

el ser de Albenzar la hija,

no extrañéis que hoy exija

gran dureza, gran rigor.

FELISA.

(Arrebatada y como fuera de sí).

No, no es hija de Albenzar;

es hija mía, es cristiana,

es de sangre castellana;

aquí nunca debió estar.

MARÍA.

(Conteniéndola con dignidad).

¿Qué osas, Felisa, decir?

No niego mi origen, no,

ni con imposturas yo

quiero el peligro evadir.

(Al Capitán).

Cristiana, es verdad, lo soy;

mas hija de Albenzar sí,

que fuera un baldón en mí

negar a mi padre hoy.

El amor que me profesa,

porque, al cabo, es mi nodriza,

a esta española castiza

le inspira la invención ésa.

Pero no soy yo mujer,

sea cual fuere mi ventura,

que a una cobarde impostura

quiera la vida deber.

Si el ser cristiana no

basta para templarse conmigo

el espantoso castigo

que ha merecido mi casta;

si es crimen la sangre mía,

que no lo borra mi fe,

pura víctima seré,

sin desmentir mi hidalguía.

Y si así al Cielo le plugo

mis manos encadenad,

y mi cuello colocad

sobre el tajo del verdugo.

Pues si os pedí compasión

cuando vencedor entraste,

y con un muerto me hallaste

en este oscuro rincón,

no fue pedir la vida,
sí el honor, que en riesgo estaba,
cuando tras de vos entraba
la soldadesca atrevida.

Mas de nuevo a vuestra
planta os pido cumpláis la ley
conmigo que impone el rey
pues su rigor no me espanta.

Antes bien, tal es mi suerte
que es el más grande favor
que hacerme pueden, señor,
el de apresurar mi muerte.

GARCÍA.
(Conmovido profundamente).

Basta, señora, os lo ruego.

Celeste encanto, cesad.

¡Oh, con cuánta actividad

me abrasa de amor el fuego!

Tomo de mi cuenta, sí...

¡Cielos!... ¿Por qué esta victoria,

que juzgué mi mayor gloria

es ya infierno para mí?

Descuidad, resuelto estoy.

Por remediar vuestra suerte

por salvaros de la muerte

a perderlo todo voy.

Por premio pediré al rey

si mi hazaña ha de premiar

vuestra belleza salvar

de la promulgada ley.

(Con vehemencia).

Y su gracia y la de Dios

perderé contento, y todo;

mi fama hundiré en el lodo

por merecer, ¡ay!, de vos

una mirada propicia,

una muestra de interés,

(Hinca una rodilla).

pues que mi alma a vuestros pies

abrasada se desquicia.

MARÍA.

(Asombrada).

¿Qué es lo que hacéis? ¿Qué demencia...?

¡Señor capitán!..., ¿qué es esto?

¿Vos ante mis plantas puesto?

¿Vos...? ¡Cielos!

GARCÍA.

Sí. La violencia

de un encanto me ha rendido,

y desde el punto en que os vi

tan bella me convertí

de vencedor en vencido.

Esta furiosa pasión,

que cual rayo fulminante

abrasa mi pecho amante,

os merezca compasión.

MARÍA.
¡Señor capitán!

FELISA.
(Muy desconsolada).

¡María!

GARCÍA.
(Levantándose).

Ángel divino, os adoro;

sois un celestial tesoro...

MARÍA.
¿Hombre de tanta hidalguía...?

GARCÍA.
No os asombre nada, nada.

Viviréis, sí, yo lo juro,

que es mi pecho vuestro muro,

vuestra defensa mi espada.

Sin temor de aquí salid,

cuido yo vuestro decoro.

Pero... pensad que os adoro.

Basta. Tras de mí venid.

(Vase).

MARÍA.
(Muy abatida).

¡Felisa..., Felisa mía!,

raro peligro corremos.

FELISA.
En el Cielo confiemos,

desventurada María.

(Vanse).

ESCENA II

Decoración corta, de árboles y peñascos, y a un lado se verá la boca de una gruta, por la que sale DON FERNANDO vestido de toscas pieles, como pastor

DON FERNANDO.
¡Oh, cuánto Corbacho tarda!

¿Qué habrá ocurrido...? ¡Ay de mí!

Ya con inquietud aquí

mi ansioso anhelar lo aguarda.

¡Cielos!... ¿Qué es lo que retarda su vuelta...?

¿La carta mía habrá llegado a María?

¿Querrá mi dichosa estrella

que torne a mis brazos ella,

cual amante le pedía?

(Se pasea).

Aumenta mi sobresalto

el que toda la mañana

ha atronado esta montaña

rumor de lid o de asalto.

Y aquí, de noticias falto,

entre esperanza y temor

desde que cesó el rumor

lucho, y el temor me gana,

porque en mi suerte tirana

lo seguro es lo peor.

Ni ya puedo prolongar

esta situación penosa,

do mi estrella desastrosa

me ha podido colocar.

Milagro ha sido escapar

entre tanto desconcierto

con este traje encubierto,

sin que nadie me haya visto

los largos días en que asisto

en este oculto desierto.

(Agitado).

Y el término, ¿cuál será...?

¡Cielos!... ¿Perderé a María

después de tanta agonía,

o mi amor la cobrará?

¡Ay!, si decretado está

que nunca yo la posea,

que ajena, ¡oh rabia!, la vea...,

un rayo antes me confunda,

esta montaña se hunda

y mi sarcófago sea.

(Pausa).

Mas ¿qué va a ser en el mundo

de mí, infelice...? ¿Qué espero?

¿Qué porvenir fundar quiero...?

Me anonado, me confundo.

¿Qué digo?... Mis dichas fundo

en mi deliciosa llama:

junto a aquello que se ama

es mentira el orbe todo.

Son vago viento, vil lodo,

cuna, estado, honores, fama.

(Pausa).

¡Ay!... Si mi padre supiera

que no en Flandes, sino aquí

me tiene perdido así

este amor, ¿qué me dijera?

¿Y si descubrir pudiera

que una morisca...? ¡Hado impío!

De pensarlo siento el frío

por mis venas de la muerte.

¡Padre..., padre! ¡Dura suerte!

Perdón, perdón, padre mío.

¡Cielos!, que su maldición

no me abrume. Enhorabuena

me desherede; tal pena

tenga mi ciega pasión.

Yo en el último rincón

de la Tierra gozaré

lo que siempre llamaré

mi delicia y mi ventura,

y la infundada censura

del mundo despreciaré.

Al lado de mi María,

en el antártico suelo,

bajo un nunca visto cielo,

¿quién turbará mi alegría?

Allí con la espada mía

honraré mi ilustre cuna,

y en ocasión oportuna

otro Estado ganaré,

y lo que alcanzan sabré

el amor y la fortuna.

(Entra Corbacho vestido se soldado y con un envoltorio de ropa, que tira a un lado).

CORBACHO.

Mal haya, amén, el momento

en que tu estrella sañuda

te hizo ver a esa morisca

para pasar tanta angustia.

Y el punto y hora mal hayan

en que te dio la locura

de abandonar lo de Flandes

por perderte en lo de Júcar:

en tan graves compromisos,

en tan negras desventuras,

reducido como fiera,

a la estrechez de esa gruta.

Y a meterme a mí en embrollos,

en disfraces y en trifulcas,

que en Peralvillo es probable,

Dios sea sordo, que concluyan.

DON FERNANDO.

Corbacho, amigo.... ¿qué es esto?

Tus palabras me atribulan,

y en mis labios se amontonan

y se hielan las preguntas,

porque temo mil desastres

de esas tristes quejas tuyas,

y horribles presentimientos

me abaten y me conturban.

CORBACHO.

Pues ya metido en el paso,

do no debiste entrar nunca,

es forzoso, ¡vive Cristo!,

que de él con valor te escurras.

DON FERNANDO.

Pues ¿qué acontece? Di, acaba

ya la impaciencia me abruma.

CORBACHO.

Allá voy, que reventado,

y hecho de hambre una aleluya,

no puedo mover la lengua

con la rapidez que buscas.

Aunque con estos disfraces

en la soldadesca turba

entro y salgo, fue imposible,

como sabes, a mi astucia,

durante seis largos días,

dar curso a la carta tuya,

porque sitiado el castillo,

y defendido con furia,

y estando dentro tu amada

con toda la infame chusma,

llegar a ella no podía,

a no convertirme en grulla.

DON FERNANDO.
(Impaciente).

¿Conque la carta...?

CORBACHO.
Un momento,

y lo sabrás todo; escucha:

Viendo el capitán García

que aun la breva estaba dura,

apeló para ablandarla

a una militar astucia.

Y hoy mismo a la luz primera

fingió con destreza suma

emprender la retirada,

con apariencia de fuga.

Creyéronla los rebeldes,

y aun vencedores se juzgan,

y con su rey vergonzante

salió la morisca chusma,

en el alcance buscando

feliz término a la lucha.

A la abandonada villa

las mujeres sin cordura

descendieron anhelosas

en muchedumbre confusa;

yo me presumí que iría

Felisa el ama, sin duda,

como las demás, y, cauto,

me oculté en las angosturas

del camino, en unas tapias

que aquellas huertas circundan

Vi pasar varias moriscas,

y como soles algunas,

cuando a muy pocos momentos,

quiso mi buena fortuna

que venir viese a Felisa

sola, sola.

DON FERNANDO.

¿Sola...?

CORBACHO.

Escucha.

Sola; la llamo, se para,

salgo a su encuentro, se asusta,

al pronto me desconoce;

iba a hablarla, cuando juntas

vi venir otras mujeres,

y temiendo me descubran,

torno a esconderme en las tapias.

DON FERNANDO.

(Con viveza).

¡Y la carta...? ¡Oh suerte cruda!

CORBACHO.

La tiré a sus pies.

DON FERNANDO.

Y dime:

¿la tomó...?

CORBACHO.

Señor, ¿lo dudas?

Yo se la vi alzar del suelo.

DON FERNANDO.

¿Y sin respuesta ninguna

te vuelves? Sin que siquiera...

CORBACHO.

Eso es ya pedir cotufas

en el golfo. Tú no sabes

cuán espantosa trifulca

se armó después. En las tapias

quedéme, por si oportuna

ocasión se me ofrecía

de hacerle cien mil preguntas

a su vuelta. Mas de pronto

se alzó nueva barahúnda,

que a salir de mi escondite

me obligó con prisa, mucha.

Las tropas que figuraron

la retirada, a las turbas

de moriscos acometen;

otra vez la villa ocupan,

y la entregan a las llamas.

Pónense al momento en fuga

las infelices mujeres,

suben al castillo y buscan

refugio en él; a él se acoge,

herido en la escaramuza,

Albenzar, aún pretendiendo

prolongar allí la lucha,

y todo en vano. García

había dejado ocultas

en el inmediato bosque

dos banderas, que sin duda,
de acuerdo con los del fuerte,
pues los traidores abundan,
lo escalaron sin defensa,
y todo fue muerte, angustia,
robo, confusión, ruina,
desolación, llanto, furia.

DON FERNANDO.
(Agitado).

¡Ay Corbacho!... ¿Y mi María?

Tú su infortunio me ocultas;
dime, pues: ¿en tal desorden,
en tal trastorno...?

CORBACHO.
(Con soflama).

Te apuras,

señor, muy pronto. Está viva,

y un gran protector la escuda.

DON FERNANDO.

¡El Cielo!

CORBACHO.

(Con malicia).

El Cielo..., bien dices;

por medio de la bravura

del buen capitán García,

que es hijo de la fortuna.

DON FERNANDO.

(Alterado).

¡Corbacho!... Di.

CORBACHO.

En el momento

que se armó la barahúnda

al castillo corrí, donde

vi aquella escena confusa.

Muerto a Albenzar encontraron

de su hija en brazos en una

cámara. El señor García

fue el que en ella entró, a la turba

soldadesca defendiendo

que hiciese allí de las suyas.

Mandó sacar el cadáver

a donde con voces mudas

predicase el escarmiento;

y él quedó con piedad suma

a la huérfana infelice

consolando...

DON FERNANDO.
(Arrebatado de enojo).

Calla..., ¡oh furia!

Calla, vil... ¿Osa tu lengua...?

CORBACHO.
(Intimidado).

Señor..., señor..., que me asustas;

yo no oso poner mi lengua

sobre persona ninguna.

Os refiero las hablillas
de la soldadesca chusma,
que ansiaba robar la estancia
que de Albenzar era tumba,
y que el capitán, severo,
defendió...

DON FERNANDO.
(Irritado).

¡Canalla inmunda,
que no sabe que es de nobles
amparar la desventura,
y defender a las damas
de la insolente gentuza!
(Sospechoso).

Pero dime: ¿largo tiempo
el capitán...?

CORBACHO.
¿Qué preguntas?

DON FERNANDO.

(Agitado).

¡Oh!... Si osara... Mi María

es cual las estrellas pura.

Si el vencedor orgulloso...

¡Oh cielos!... La horrible punta

de un puñal envenenado

mis entrañas desmenuza.

Corbacho, dime...

CORBACHO.

(Con viveza).

No pierdas

en amargas conjeturas

el tiempo. Toma un partido,

pues todo de aspecto muda.

Cuando una morisca sólo

rica y de famosa alcurnia

era tu dama, podías
en esperanzas futuras
perderte, que, al cabo, era
cristiana hasta las engubias.

Pero ya...

DON FERNANDO.
(Precipitado).

Corbacho, amigo,

la ley previene, y es justa,
que la morisma cristiana
que con español se una
en matrimonio se libre
de la proscripción.

CORBACHO.
Tarumba

que con tu ceguedad me vuelves.

Ya tu María no es una
morisca vulgar. Es hija

del que aún muerto se titula

rey de los moros, caudillo

de esta rebelión, y nunca

habrá para ella indulgencia.

Después olvidas, sin duda,

quién es tu padre, y olvidas

que cual desertor figuras

en Flandes, y que en España,

siendo por tu noble cuna

de Santiago caballero,

has faltado en esta lucha,

a que todos tus cofrades

concurrieron sin excusa.

DON FERNANDO.

(Despechado).

¡Oh!... ¡Pese a mi infausta estrella!

¡Oh!... ¡Mal haya mi fortuna!

Desplómense estos peñascos;

ábrase a mis pies la tumba.

CORBACHO.

Bien claro te mostró el Cielo

el que a esta sima profunda

tu pasión te despeñaba

al despeñarte la furia

del caballo. Si tú entonces,

pues que saliste sin una

costilla rota, te hubieras,

renunciando a tus locuras,

vuelto a Flandes, o a tu casa,

cantáramos la aleluya.

Y aún es tiempo...

DON FERNANDO.

(Fuera de sí).

Calla, cesa,

no acrecientes mis angustias:

o la muerte, o mi María;

ya tan solamente busca

mi enamorado despecho

de aquestas dos cosas una.

Sí, resuelto estoy, Corbacho;

responde pronto...

CORBACHO.

Pregunta.

DON FERNANDO.

¿Dónde está María.... dónde?

Hoy seré su esposo, o nunca.

CORBACHO.

Cuando salí del castillo,

ya encadenada la chusma

de moros, la preparaban

a bajar con gran presura

y buena escolta a la villa.

Y de allí, según mi industria

pudo inquirir, esta noche

dos cuerdas salen: la una,

con la rendida canalla,

a las playas donde surtas

están las embarcaciones;

y la otra, en que van juntas

las cabezas principales

con María, por la ruta

de Valencia...

DON FERNANDO.

Di: ¿esta noche...?

CORBACHO.

Esta noche, sí, no hay duda.

DON FERNANDO.

(Resuelto).

Pronto, sus, tráeme el caballo,

que suelto el pasto disfruta

de estos montes; trae mi espada,

trae mis ropas, que me injurian

ya estos villanos disfraces.

CORBACHO.

¿Qué intentas, pues?... ¿Qué procuras?

DON FERNANDO.

Con mi valor y mi acero

burlar la suerte sañuda,

libertando como noble

a mi prenda de la furia

de sus verdugos.

CORBACHO.

Detente;

no te arrojes sin cordura

un imposible, do sólo

muerte o deshonra buscas.

La cuerda va custodiada

con gente aguerrida y mucha;

tú eres, al cabo, solo.

DON FERNANDO.

El que despechado pugna

por salvar a la inocencia,

y más si el amor lo ayuda,

vale por ciento.

CORBACHO.

Tu arrojo

y tu pasión te deslumbran.

Vas, traidor, contra un decreto

del rey, a empeñar tal lucha.

Vas a deslustrar tu nombre.

Vas, en fin...

DON FERNANDO.

(Despechado).

¡Suerte sañuda!

Yo quiero ver a María.

Con ella morir.

CORBACHO.

Escucha:

Supuesto que no desistes

de esa tu infernal locura,

da tiempo al tiempo, y prudente

válete de alguna industria

para ponerte siquiera

de acuerdo...

DON FERNANDO.

(Con viveza).

Bien; piensa una.

CORBACHO.

Con el disfraz de soldado

puedes en la noche oscura

entre la escolta injerirte,

con ella hablar, que es astuta,

y en la marcha, que no es corta,

disponer...

DON FERNANDO.

Sí, sí. Sin duda

me habla por tu boca un ángel.

Mas ¿dónde encontrar alguna

ropa de soldado...?

CORBACHO.

Al punto,

que mi previsión es mucha.

De un muerto que hallé aquí cerca,

al volver ahora en tu busca,

tomé todo el equipaje.

(Revolviendo el lío que puso a un lado al salir).

Y hele aquí. Manchas lo ensucian

de sangre, porque su dueño

tenía una herida profunda;

pero nada importa.

DON FERNANDO.

(Muy reanimado).

Amigo,

tú remedias mis angustias.

Y pues ya la noche llega

y tierra y cielos enluta

con sus sombras, no perdamos

el tiempo, y Dios nos dé ayuda.

(Entrase en la gruta, y Corbacho detrás de él, llevándose el envoltorio).

ESCENA III

Plaza de la villa de Alajuar, arruinada, por el incendio. Aún arden a lo lejos algunas casas y otras están humeando. Empieza a anochecer. Salen ABDALLA, ZEIR y dos o tres, MORISCOS de nota cargados de cadenas y rodeados, de SOLDADOS ESPAÑOLES, con arcabuces y alabardas, y con ellos el SARGENTO, con jineta

SARGENTO.

¡Alto, perra canalla,

que no vais a un festín!

(Todos se detienen en el fondo de la escena, sentándose unos, otros hablando entre sí, formando cuadro).

ZEIR.

¡Cielos!... ¡Abdalla!

ABDALLA.

Zeir, lo que está escrito no podemos

los hombres contrariar. Sólo podemos

resignarnos, humildes, los humanos

de Alá con los decretos soberanos.

ZEIR.

Malec, ese cobarde,

es quien nos ha vendido.

ABDALLA.

Pues no ha de hacer de su traición alarde

que con un tósigo le dejo prevenido

con que beba la muerte;

endulce esta venganza nuestra suerte.

ZEIR.

¿Y cuál, ¡ay!, nos espera?

ABDALLA.

Terrible a la verdad y lastimera.

Pero grande es Alá, y él solo es grande.

SARGENTO.

(En el proscenio, apoyado en su jineta y hablando consigo mismo).

¿Posible es que se ande

el señor capitán hecho un Cupido,

tras una vil morisca así perdido,

y que aquí nos detenga

porque su dama a sus anchuras venga?

¡Vive Dios, que no entiendo

cómo un hombre tan duro y tan tremendo

y que ya no es muchacho,

se convierta en baboso mamarracho!

¡Vaya, me desespera!

No sé qué le detiene

en hacer lo que yo, sin duda, hiciera,

pues que rendida en su poder la tiene;

admiro su cachaza... Mas él viene.

(Entran el Capitán García, María y Felisa).

GARCÍA.

¿Marchó la cuerda, sargento,

que va a la costa?

SARGENTO.

El camino

tomó para su destino

en buen orden ha un momento.

Y no hay con ella cuidado,

pues que la manda Garcés.

GARCÍA.

Tenéis razón, porque es

el alférez gran soldado.

Disponed nuestra marcha en el instante,

llevando por delante

los soldados mejores

para ser de la ruta exploradores.

Y cuidado que no rompan las cadenas

los presos.

SARGENTO.

Son muy gordas y muy buenas.

(El Capitán y el Sargento van al fondo de la escena, como a revistar los presos y a ordenar la tropa).

MARÍA.

(Muy abatida y como en secreto).

¡Ama mía.... voy muerta!

No por lo horrendo de mi suerte cierta,

sino por el amor que se ha encendido

en ese malnacido,

pues con razón me temo

que, con mi resistencia despechado,

ciego y desatentado,

se arroje loco al criminal extremo

de abusar de su fuerza en el camino.

De asombro y de terror estoy sin tino.

FELISA.
(Llorando).

¡Infelice María!...

En la piedad confía del Cielo,

que es de la inocencia amparo.

De ti ni un solo punto me separo,

y contigo, hija mía,

defendiendo tu vida y tu inocencia,

me verás hasta Valencia.

Y, allí..., si allí llegamos...,

en la Virgen santísima pongamos

toda nuestra esperanza.

Tengamos en su auxilio confianza.

GARCÍA.
(Al Sargento).

Emprended la partida,

y esperad del lugar a la salida,

que pronto iré a alcanzaros.

SARGENTO.

(Con socarronería).

¿Conque queréis quedaros

a ver si por la buena ese portento...?

Si andáis con tal melindre y miramiento,

ya veréis que os chasquea.

Está en vuestro poder, que vuestra sea.

(Con recato misterioso).

En el camino acaso

un bosque muy espeso se halla al paso,

y en él lograr, sin duda,

podéis cuanto queráis. Yo os daré ayuda.

GARCÍA.

Bien. La marcha emprendamos.

SARGENTO.

¡Arriba, vil canalla! ¡Vamos, vamos!

(Vase, llevando por delante los presos y soldados).

GARCÍA.
(Amoroso).

Ya veis cuánto hago por vos,

a mi obligación faltando;

y aun me está martirizando

vuestro ceño, ¡vive Dios!

En todo os he dado gusto,

a todo por vos me allano;

que vuestro desdén tirano

se ablande, señora, es justo.

Libre estáis, vais sin cadenas;

sola vos mandéis aquí,

tenéis un esclavo en mí:

téplense, pues, vuestras penas.

Y dadme alguna esperanza,

¡oh soberana mujer!

Dejadme a lo menos ver

un asomo de bonanza.

MARÍA.
(Con altivez).

Señor capitán, os ruego

que más no me importunéis

que mi suerte abandonéis,

que me dejéis luego, luego.

Yo nada exijo de vos;

de mí, pues, nada exigid.

Cual debéis me conducid

que a mí me defiende Dios.

GARCÍA.
Pensad cuál es vuestra suerte;

ved que estáis en mi poder.

MARÍA.
Yo no soy, señor, mujer

a quien asusta la muerte.

GARCÍA.

¡Ay! Aun es tiempo; escuchad

a un corazón que os adora,

que por vos misma os implora

MARÍA.

Si honra tenéis, acabad.

GARCÍA.

(Con vehemencia).

Con ese ceño tirano

más mi pasión encendéis,

y en el caso me pondréis...

MARÍA.

Sois caballero y cristiano.

GARCÍA.

(Resuelto).

Que lo soy os probaré

si al fuego que me devora

os mostráis grata, señora.

Todo lo aventuraré.

Por la ley puedo libraros

de la muerte ignominiosa

si queréis vos ser mi esposa,

y pronto estoy a juraros...

MARÍA.
(Con rapidez).

Jamás, jamás; tiene dueño

mi voluntad, y por él

quiero morir.

GARCÍA.
(Despechado).

¡Oh cruel!

¿Conque es en vano mi empeño?

¿A otro amáis?

MARÍA.
Con alma y vida.

GARCÍA.
(Furioso).

¡Infeliz!... ¿Qué pronunciaste...?

Tú misma te condenaste

envenenando mi herida.

Tiembla mi ciego furor.

Atropellaré por todo,

y de un modo o de otro modo...

FELISA.

¡Oh Cielos, dadnos favor!

GARCÍA.

¡Ingrata!... Te has de acordar.

Vamos, pues; vamos, marchemos.

MARÍA.

(A Felisa).

En la Virgen confiemos,

que es quien nos ha de amparar.

(Vanse).

ESCENA IV

Decoración que descubra todo el foro, representando un oscuro bosque de noche en tierra quebrada. Y en el fondo se verá un camino entre peñas y troncos. Entran DON FERNANDO y CORBACHO, ambos vestidos de soldados

CORBACHO.

¿No miras allí el camino?

Es aquella lista blanca

que va tras de la barranca.

(Escuchando atentamente).

Y viene, a lo que imagino,

ya la columna, señor.

Y aunque la noche está oscura,

que veo se me figura...

DON FERNANDO.

Claro se escucha el rumor.

Vamos hacia allá al momento,

y procura no ser visto,

teniendo el caballo listo

para que en cualquier evento...

CORBACHO.

Vamos, pues. Pero prudencia

tan solamente os encargo.

Ved que el camino es muy largo

hasta llegar a Valencia.

Y que, una vez con María

puesto de acuerdo, podrás...

DON FERNANDO.

Descuida, y no digas más;

en mi cordura confía.

(Vanse. Entran y pasan por el camino del fondo Abdalla, Zeir y los Moriscos, todos encadenados y sonando los hierros, y delante, y detrás, y a los lados, en buen orden, Soldados españoles, con alabardas y arcabuces, con las cuerdas encendidas, y cuando ya todos hayan pasado, sale el Capitán García, que trae asida del brazo a María y la empuja con fuerza hacia el proscenio).

MARÍA.

¿Qué es esto, ¡oh cielos!, señor?

¿Qué arrebató? ¿Qué demencia?

GARCÍA.

(Con voz ahogada).

Calla y sufre la violencia

de mi despreciado amor.

MARÍA.

(Aterrorizada).

¿Un cristiano, un caballero

de una infelice abusar?

GARCÍA.

(Desenvainando la espada).

Mi pasión has de premiar

o has de morir a este acero.

MARÍA.

(Cayendo de rodillas).

¡Socórreme, Virgen santa;

dame tu amparo y favor.

GARCÍA.

(Arrastrándola del brazo).

Nadie escucha tu clamor.

Ven conmigo; ven, levanta.

MARÍA.

¡Cielo!

GARCÍA.

No te libraré

ni el infierno mismo, no.

(Entra precipitado Don Fernando con la espada desnuda).

DON FERNANDO.

Pero la liberto yo,

forzador vil...

GARCÍA.

(Suelta a María, sorprendido).

¿Quién va allá?

DON FERNANDO.

Defiéndete, desdichado,

si te llamas caballero,

que se afrentara mi acero

de matar a un descuidado.

Ponte tras de mí, María,
que bajo mi amparo estás,
y cuál te guardan verás
mi amor y la espada mía.

MARÍA.
(Corriendo a él).

¡Oh santos cielos!... Es él.

Sí, reconozco su acento.

GARCÍA.
(Turbado).

¿Eres del bosque portentoso

o emisario de Luzbel?

(Se acerca furioso).

¡Mi rival!... Ven a morir,

que es rayo ardiente mi espada

a que no resiste nada.

DON FERNANDO;
Calla, si sabes reñir.

(Riñen, y Don Fernando le da una estocada).

GARCÍA.
(Titubeando).

¡Muerto soy!

(Grita).

¡Hola, soldados!...

Que se fugan...

(Entrase).

¡Ay de mí!

DON FERNANDO.
Huyamos pronto de aquí

en el Cielo confiados.

CORBACHO, por vida mía,

pronto, el caballo.

CORBACHO.
(Apareciendo en el bastidor).

Aquí está.

DON FERNANDO.
(Al irse con María).

A las ancas...

CORBACHO.
Bueno va.

DON FERNANDO.

(Dentro).

Afírmate bien, María.

(Rumor de un caballo que arranca. Suena un tiro y ruido).

VOCES.
(Dentro).

¿Dónde el capitán nos llama?

(Entra el Sargento con cuatro Soldados).

SARGENTO.
(Apresurado).

Hacia aquí; venid, volemós,

y este monte registremos

peña a peña y rama a rama.

Jornada tercera

ESCENA PRIMERA

Representa una calle de la ciudad de Valencia. Decoración corta, y sale FELISA, muy afligida, de saya y manto y con un rosario en la mano

FELISA.
¡Ay de mí! Recorro en vano

estas calles de Valencia

para buscar un consuelo

y de la infelice nuevas.

Hoy el pueblo alborotado

con la terrible sentencia

que contra Zeir y Abdalla

y otros moriscos de cuenta

ha pronunciado el consejo,

de María no se acuerda,

ni se habla de su aventura,

ni de hacia dónde estar pueda.

Al fin los pasados días

su fuga tan sólo era

la conversación de todos

en calles, casas y tiendas.

Y el oír en los corrillos

nombrarla y hacer diversas

conjeturas, de consuelo

pudo servir a mis penas.

Mas hoy ya nadie la nombra,

nadie en su infortunio piensa.

(Llora).

¡Virgen Soberana!, madre

de la oprimida inocencia,

sedle, escudo, sedle amparo,

y dadme luz con que pueda

descubrir...

(Sorprendida).

Pero ¿qué veo?

Jurara, ¡cielos!, que él era.

Sí... ¡Corbacho!

(Entra Corbacho, embozado).

CORBACHO.

(Sorprendido).

¡Ama Felisa!

FELISA.

¿Cómo tú por esta tierra...?

¿Y María?... ¿Y don Fernando?

¿No me traes noticias de ella?

¿No me dices...?

CORBACHO.

¿Por ventura que sé

de ellos algo piensas,

cuando anhelaba encontrarte

para que tú me dijeras...?

FELISA.

(Desconsolada).

¿Qué he de decirte, Corbacho?...

¿Cómo darte, amigo, nuevas

que busco anhelante?...

CORBACHO.

Dime:

¿tú desde cuándo en Valencia?

FELISA.

Desde que entraron los presos,

hace tres días.

CORBACHO.

Yo apenas

ha dos horas que he llegado.

FELISA.

Pero tú, ¿después de aquella

terrible noche seguiste...?

CORBACHO.

¿Y quién seguirlos pudiera?

Muerto el capitán, mi amo,

más veloz que una saeta,

con la morisca en las ancas

en las lóbregas tinieblas

desapareció. Y yo, ¿cómo

a pie seguirlos pudiera,

no estando antes prevenido

de adónde se dirigieran?

Cuando se alzó aquel desorden

con las voces y las quejas

del herido, agazapéme

oculto entre las maleza

para no ser descubierto

y pagar culpas ajenas.

Y al aparecer el alba

tomé una trillada senda

que se me ofreció, y vagando

no sin peligro y miseria,

por todos, los escondites

de aquellas fragosas sierras

he estado; hasta que aburrido

vengo sin norte a Valencia,

por ver si de mi amo logro,

que le quiero mucho, nuevas.

Pero tú, Felisa, ¿cómo
abandonaste a tu prenda
en aquel conflicto?... ¿Cómo
sin tu amparo acometerla
pudo el capitán?

FELISA.

Corbacho,

cómplice el sargento era
del crimen sin duda alguna,
pues con infernal cautela,
en cuánto cerró la noche,
después de que con reserva
le habló el capitán, mi mula
aseguró por la rienda,
sin apartarse ni un punto.
Y al atravesar la cuerda
el bosque, de mi María

me separó con destreza,
tomando por un atajo
al través de las laderas;
y cuando escuché sus voces,
sus lamentos y sus quejas,
ya me hallé entre los soldados
y a grande distancia de ella.

En medio de aquel desorden
intentaron sus cadenas
romper los míseros presos,
y armóse grave pendencia
entre soldados y moros,
sin que yo, infeliz, pudiera,
aunque bien quise, fugarme;
y en llanto amargo deshecha,
me resigné con mi suerte

y llegué aquí con la cuerda.

Al punto, como española,

me dejaron en completa

libertad,

(Llora).

y ando perdida,

sólo ansiando tener nuevas

de aquella infeliz.

CORBACHO.

No llores,

Que está en salvo es cosa cierta.

FELISA.

Hágalo el Cielo.

CORBACHO.

Felisa,

¿y es verdad esa sentencia?

FELISA.

Lo es, y terrible, terrible...

CORBACHO.

No hay nada que no merezcan.

FELISA.

(Compasiva.).

Es así...; pero...

CORBACHO.

Tu amo

tuvo más feliz estrella,

que al cabo como valiente

pereció, pues si hoy viviera...

FELISA.

¡Qué lástima! Era indomable

y muy ciego por su secta;

pero muy caritativo,

de muy gallarda presencia,

de pensamientos muy altos

y de muy clara nobleza.

Dieciocho años he comido

su pan..., y una ingrata fuera

si no llorara su muerte,

si no elogiara sus prendas.

¡Cuántas desgracias!...

(Llora).

CORBACHO.

¡Felisa!

FELISA.

Voyme, Corbacho a la iglesia,

a que la Virgen piadosa

por nosotros interceda.

CORBACHO.

Pues yo no sé dónde vaya,

ni tampoco dónde pueda

hallar abrigo.

FELISA.

Si quieres...,

en casa de una parienta,

que pobremente me aloja...

CORBACHO.

Basto yo para pobreza.

¿Y dónde es?

FELISA.

Allá en la plaza.

Alejándome voy de ella

para no ver el suplicio

de esos dos, que al cabo eran

conocidos.

CORBACHO.

Pues a verlos

ahorcar voy, ¡malditos sean!

Yo te buscaré.

FELISA.

Si logras

alguna noticia cierta...

CORBACHO.

La sabrás en el momento.

FELISA.

Pues a Dios.

CORBACHO.

Con él te queda.

(Vanse por distintos lados).

ESCENA II

Representa el gran salón del Consejo. Al fondo habrá un dosel con el retrato de Felipe III; una gran mesa, con rico tapete y recado de escribir, cinco sillones, y un taburete para el secretario. Entra por un lado el CONDE DE SALAZAR, ricamente vestido y con el collar del Toisón de Oro, y por el otro, el COMENDADOR MAYOR de la Orden de Calatrava, con la insignia en la ropilla y en la capa y la venera al cuello, pendiente de una cadena de oro

CONDE.

¡Oh señor comendador!

COMENDADOR.
(Con respeto).

¡Oh excelentísimo conde!

Bien la fortuna responde

a vuestro sabio valor.

Esta desastrosa guerra

ya de un modo o de otro modo

termina, y queda del todo

en seguridad la tierra.

Y a vuestro noble tesón

y prudencia debe el rey

de esta rebelada grey

ver cumplida la expulsión.

CONDE.
A la prudencia y lealtad

del consejo solamente

servicio tan eminente

hoy debe su majestad.

COMENDADOR.

Pero el alma del Consejo

ha sido vuestra excelencia,

que tiene la presidencia.

CONDE.

Sólo por ser el más viejo.

COMENDADOR.

Ya viene el señor marqués

de Caracena.

CONDE.

Ya estamos

todos, pues solos formamos

hoy el Consejo los tres,

puesto que los otros dos,

con encargos diferentes,

están en Valencias ausentes,

al rey sirviendo y a Dios.

COMENDADOR.

¿Dónde nuestro patriarca?

CONDE.

Con caridad exquisita

a la canalla maldita

allá en Alicante embarca,

por la raza delincuente

mostrando una suavidad

que no me gusta en verdad

con tan depravada gente.

COMENDADOR.

¿Y dónde Agustín Mexía?

CONDE.

Queda aún guardando la sierra,

aunque terminar la guerra

consiguió su valentía.

COMENDADOR.

Grande en el Consejo es

su ausencia.

CONDE.

Mas, sin embargo.

cumpliremos nuestro encargo,

que poco falta, los tres.

(Entra el Marqués de Caracena, virrey, ricamente vestido a la usanza militar y con bastón, botas y espuelas).

MARQUÉS.

¡Oh gran comendador!, ¡oh insigne conde!,

perdonad mi tardanza; recorriendo

de la ciudad las calles, receloso

de que pudiera conmoverse el pueblo,

no me ha sido posible más temprano

al Consejo acudir.

CONDE.

A muy buen tiempo

llegáis, señor marqués.

MARQUÉS.

Era preciso

estar alerta entre el concurso inmenso,

que se ha agolpado a presenciar la muerte

de esos desventurados.

CONDE.

¿Tuvo efecto

sin novedad?

MARQUÉS.

Sin novedad alguna,

y quiera Dios que sirva de escarmiento.

CONDE.

Pues estamos los tres que solamente

hoy, señores, formamos el Consejo,

podemos proseguir nuestras tareas,

que ya, gracias a Dios, van concluyendo.

(Hace una seña, entra el Secretario y se sientan todos en sus respectivos puestos alrededor de la mesa).

CONDE.

(Con gravedad).

El embarco prosigue en estas costas

con toda actividad. Los tristes restos

que aun en los montes de rebeldes quedan.

no dan cuidado ya; rotos, dispersos

sin encontrar abrigo en parte alguna

desaparecerán rendido luego.

Sólo la fuga audaz de esa morisca,

de la hija de Albenzar, de aquel protervo

que osó llamarse rey, siendo cabeza

en las serias revueltas de este reino,

nos pudo ocasionar algún cuidado.

Mas ya noticia positiva tengo

de que fue con su cómplice arrestada

de la vecina Mancha en los linderos.

Debiéndose prisión tan importante

a la astucia y presteza del sargento

de aquella tropa misma, que no pudo

la fuga remediar. Y hoy mismo espero

que lleguen a Valencia, asegurados

con buena escolta y con seguros hierros.

COMENDADOR.

¡Bendito sea el Señor! La tal morisca

me daba, y con razón, graves recelos.

MARQUÉS.

¿Tanta importancia esa morisca tiene?

CONDE.

Mucha; que de belleza es un portento,

y aun más de discreción y de osadía.

La sangre y los altivos pensamientos
del padre representa, y con su nombre
podido hubiera reanimar el fuego
de la atroz rebelión, aun no extinguido.

Y de que tales eran sus deseos
es prueba el modo de emprender la fuga,
y lo es su dirección hacia Toledo,
en donde los moriscos se preparan
a dar nuevos escándalos al reino.

Mas pues la pone Dios en nuestras manos
con un castigo rápido y tremendo
imponga a los rebeldes musulmanes
saludable terror, santo escarmiento,
y al rodar su cabeza en el cadalso
húndanse de su raza los proyectos.

COMENDADOR.

Es su pronto castigo indispensable,
y el castigo a la par de ese protervo,
que osó salvarla con armada mano,
cómplice de sus locos pensamientos.

CONDE.

Que la sentencia pronunciada sea,
importa brevedad, pido al Consejo.
Y le propongo que la infiel morisca,
y el pérfido traidor, que osó encubierto
con las tinieblas de la noche oscura
la cuerda acometer con tal denuedo,
a su jefe matar y libertarla,
sean sin tardanza en el cadalso puestos,
en donde la cuchilla del verdugo
corte sangrienta sus altivos cuellos;
y que en sendas escarpías las cabezas
queden y sirvan de terror y ejemplo

a la raza infernal, mientras las llamas

tornen ceniza sus infames cuerpos.

Propongo este castigo, y nos lo exigen

de nuestro rey la causa y la del Cielo.

COMENDADOR.

Pero ¿quién es el cómplice alentado

de esa altiva mujer se ha descubierto?

Que algún morisco personaje sea

el insensato audaz, señores, creo;

tal impiedad, traición tan arrogante,

de un cristiano español pensar no puedo.

CONDE.

Sea morisco o cristiano, la sentencia

debe al punto tener cumplido efecto.

Con media hora le basta, si es cristiano,

para impetrar la compasión del Cielo.

Y si antes de ponerse el sol llegasen,

antes de que se ponga considero

indispensable que presencie el mundo

el urgente suplicio de ambos reos.

MARQUÉS.

¿Tal precipitación...?

CONDE.

Es necesaria.

MARQUÉS.

De la pública voz suena en los ecos,

que es fiel y que es cristiana esa morisca;

que lo es de corazón.

CONDE.

Siempre estos perros

saben fingirse tales, esperando

hallar así piedad en nuestros pechos.

MARQUÉS.

Si lo es de veras...

CONDE.

(Con autoridad).

Morirá sin duda,

dándole sólo el necesario tiempo

para pedir a Dios misericordia.

MARQUÉS.

Al cabo una mujer...

CONDE.
(Con calor).

Ni edad ni sexo

de esta raza infeliz encontrar debe

compasión ni piedad en tal momento.

Y no es mujer, señores, es la hija

del que a llamarse se atrevió soberbio

rey de Valencia; del que fue aclamado

como tal rey por el morisco pueblo;

del que la guerra atroz ha embravecido,

dejando un nombre, aunque en verdad funesto,

a esa infelice, que turbar pudiera

el reposo y quietud de todo el reino.

Su muerte es necesaria para darnos

seguridad, y lo es para escarmiento

la del osado que salvarla pudo,

un atroz homicidio cometiendo.

Que vacile me pasma en este punto

el valor y entereza del Consejo.

Torno la misma pena a proponerle

que ha un momento indiqué. Y a tal extremo

llega mi convicción de que la exigen

la justicia del trono y la del Cielo;

que si fuera hijo mío el alevoso,

y ella más pura que el mayor lucero,

y más cristiana que mi madre misma,

al patíbulo juntos, al momento

de llegar a Valencia los sacara,

sin dar indicios de dolor mi pecho.

COMENDADOR.

Tal consideración pesa en mi mente,

y la sentencia que indicáis apruebo.

El nombre de Albenzar es necesario

extinguir de una vez. Y en cuanto al reo

la ley está, señores, terminante:

dos crímenes en él graves advierto

haberle dado a un capitán la muerte,

que estaba con lealtad al rey sirviendo,

y haber prestado auxilio a los moriscos,

acción vedada por el bando regio.

Justa es la pena que a los dos se impone,

y es conveniente ejecutarla presto.

CONDE.

¿Y vos, señor marqués...?

MARQUÉS.

(Dudoso).

Yo..., señor conde...

Más detención quisiera, lo confieso;

que es criminal el robador es claro,

de un atroz homicidio lo es al menos;

pero a una joven por su nombre sólo,
pues que sea criminal aun no sabemos,
a una joven, que dicen ser cristiana,
a una mujer, en fin... No; me estremezco
no puedo condenar...

CONDE.
(Con firmeza).

Cuando lo exigen

de la Iglesia la paz y la del reino,
y el delito de fuga está probado,
escrúpulos tan nimios no comprendo.

MARQUÉS.
Mi voto no entorpece la sentencia,
dada está; pues que tiene ya los vuestros,
no ha menester para cumplirse el mío.

CONDE.
Así es, señor marqués. Mas considero
que la unanimidad fuera importante
para resolución de tanto peso.

MARQUÉS.

Cada cual deje su conciencia a salvo.

CONDE.

(Resuelto).

Yo ratifico mi opinión de nuevo.

COMENDADOR.

Yo con ella de nuevo me conformo.

MARQUÉS.

(Levantándose de la mesa).

Vuestra es la votación.

CONDE.

Estadme atento,

y extended la sentencia, secretario,

(El Conde dicta en voz baja y el Secretario escribe).

MARQUÉS.

(Paseándose lentamente; aparte).

Tal vez al rey disguste... Mas no puedo

resolverme a votar esa sentencia.

Mi corazón angustian los recuerdos

que jamás se han borrado de mi mente

¡Ay!, hoy destrozan mi abismado pecho

como un puñal agudo envenenado.

¡Oh montes de Alajuar!... ¡Oh santo Cielo!

¡Dieciocho años! Mi agitada mente

vaga sin luz en laberintos ciegos.

(Pausa).

Es la hija de Albenzar... ¿Cómo pudiera?

Es la hija de Albenzar... Si me resuelvo...

Nada añade mi firma a la sentencia.

Sí el rey, si mis amigos, si el Consejo

desconfían tal vez por mi repulsa

de mi lealtad, de mi cristiano celo...

Resuelto estoy.

CONDE.

Comendador, la firma.

(Firma el Comendador).

¿Y persistís, marqués...? Dudoso os veo.

MARQUÉS.

(Acercándose a la mesa).

Aunque la compasión que siempre inspira

la tierna juventud pudo mi pecho

conmover, que me adhiera al cabo es justo

a vuestra decisión, que yo respeto.

De mi rey el servicio y del Estado

la próspera quietud son lo primero.

(Firma).

CONDE.

Siempre tal esperé, marqués ilustre,

vuestra sangre gloriosa conociendo.

(Al secretario).

Refrendadla y selladla, secretario,

y haced que el bando se publique luego,

puesto que debe ser ejecutada

en cuanto lleguen los inicuos reos.

(Vase el Secretario con la sentencia, y el Conde, y el Comendador, y el Marqués se levantan de la mesa y vienen al proscenio).

MARQUÉS.

Hasta mañana conveniente fuera

acaso dilatar...

CONDE.

(Con viveza).

¿Y con qué objeto?

De rebelión el espantoso crimen
pide castigo rápido y violento,
pues con uno tan sólo, las más veces,
ejecutado sin perderse tiempo,
se atajan graves daños.

COMENDADOR.

Sí, se atajan.

Y es piedad el rigor que pone freno
a delitos sin fin, que arrastrarían
al patíbulo víctimas sin cuento.

(Entra el secretario).

SECRETARIO.

Señores, han llegado

los presos a las puertas de Valencia,

y el sargento, encargado

de ellos, espera del Consejo audiencia.

CONDE.

¡Oportuna llegada!

De la ciudad previne que a la entrada

los presos detuvieran,

temiendo que la plebe conmovieran.

Y mande que al momento

viniese a mi presencia ese sargento,

con todas las noticias y papeles

que debe haber cogido a esos infieles.

(Al Secretario).

Esa torre contigua a este palacio

a los dos reos guarde,

puesto que han de vivir tan corto espacio

como hay de aquí a la tarde.

Y venga un religioso,

que, si cristianos son, pueda, piadoso,

absolverlos propicio

y acompañarlos luego hasta el suplicio.

SECRETARIO.
¿Y el sargento?

CONDE.
Que más no se detenga;

a presentarse ante el Consejo venga.

(Vase el Secretario).

La bengala ha ganado

con el celo y valor que ha desplegado.

(Se sientan otra vez a la mesa el Conde, el Marqués y el Comendador. Entra el Sargento como quien viene de camino, y se detiene respetuoso a la entrada).

CONDE.
No os detengáis, valiente.

Decid cómo encontrasteis a esa gente,

y cuanto hayáis logrado en el camino

descubrir de su ciego desatino.

SARGENTO.
Perdone vuescelencia,

que razón es se turbe en la presencia

de este augusto Consejo

y que se muestre atónito y perplejo

un oscuro soldado,

al campo y al cuartel acostumbrado.

CONDE.

Vuestra lealtad y celo

os deben de quitar todo recelo.

Y ya el Consejo piensa

en daros la ganada recompensa.

Hablad, pues, que os escucha.

SARGENTO.

Mi gratitud a su bondad es mucha.

(Se adelanta).

Seguí con cuatro soldados

la pista a los fugitivos,

por enmarañados bosques,

por asperezas y riscos,

reconociendo cavernas,

registrando caseríos,

sin descansar un momento,

sin concederme un respiro,

cuando a la segunda noche

de fatiga el Cielo quiso,

con las noticias recientes

que recogí en un aprisco,

indicarme que no había

equivocado el camino.

Pues que aquella misma tarde,

un viejo pastor me dijo

habían estado en la choza,

con el caballo rendido,

el mancebo y la morisca

que buscaba con ahínco.

También me indicó la senda

que tomaron y aun el sitio

donde estarían, que incautos

tal vez de él dieron indicios.

Me arrojé a su alcance al punto

más constante y más activo

aunque ya mis camaradas

estaban desfallecidos.

Marchamos la noche toda,

y ya en el término mismo

de Castilla, al sol naciente

llegamos a un lugarcillo

miserable, y en su ermita

con los desdichados dimos.

MARQUÉS.
(Admirado.).

¿En una ermita?

SARGENTO.
Y con ellos

un sacerdote...

MARQUÉS.
¡Dios mío!

¿Un sacerdote?

SARGENTO.

Allí estaba...

COMENDADOR.

¿Cómplice...?

SARGENTO.

Yo sus designios

no sé, señores, ni tiempo

le di para descubrirlos,

pues fuí más veloz que un rayo

en cuanto a los fugitivos

reconocí, en sorprenderlos.

atarlos y conducirlos.

El mancebo, valeroso,

uso hacer restado quiso

de un pedreñal, que llevaba

junto al estoque, en el cinto.

Pero yo con la jineta

le di un golpe con tal tino,

que le hice perder el suyo

rindiendo a mis pies su brío.

La morisca desmayóse

y el cura resistir quiso

que los prendiese, y furioso

yo no sé cuánto me dijo

de matrimonio, de fieles.

de profanación, de ritos.

Pues sin escucharle nada.

asegurados y listos,

saqué al campo mis dos presos

y hacia aquí tomé el camino.

CONDE.

De su majestad en nombre,

por tan completo servicio,

os doy la bengala.

COMENDADOR.

Es justo.

MARQUÉS.

El rey sabrá vuestro brío.

SARGENTO.

Yo me confundo, señores,

y honras tan grandes estimo.

MARQUÉS.

(Suspenso.).

¿En una ermita...? ¿Con ellos

un sacerdote...? Es preciso...

CONDE.

(Interrumpiéndole con severidad).

Nada en el momento importa.

Fácil será descubrirlo

después. Lo que ahora interesa

es que salgan al suplicio.

COMENDADOR.

(Al Sargento).

¿Y habéis, decid, descubierto,

por ventura, en el camino

algo de sus locos planes?

SARGENTO.

Ni una palabra me han dicho:

a mis continuas preguntas,

con sollozos y gemidos

la morisca contestaba:

el mancebo con desvío,

guardando tenaz silencio

impenetrable y tranquilo.

CONDE.

Son esos perros muy duros.

MARQUÉS.

¿Él es también un morisco...?

SARGENTO.

No, señor; que es caballero

español, y muy altivo.

Su porte y sus ademanes

dan de alta nobleza indicios.

MARQUÉS.

(Con interés).

¿Y la morisca?

SARGENTO.

Confieso,

y no soy muy compasivo,

que lástima algunos ratos

me causaba el verla, fijos

en el mancebo los ojos;

y el rostro que es un prodigio,

de lágrimas inundado.

COMENDADOR.

¿Y fugarse, no han querido?

CONDE.

¿No han tentado con ofertas

vuestra lealtad?

SARGENTO.

Pues qué, digo:

¿a esta cara, a estos mostachos

se atrevieron los nacidos

con tales proposiciones?...

Se guardarán, ¡vive Cristo!

CONDE.

¿Y les hallasteis papeles?

SARGENTO.

Lo primero fue el bolsillo

registrarles, y, por cierto,

no lo llevaban provisto.

Y aunque lo hubieran llevado

de oro y de joyeles ricos...,

¡Dios me libre!, por mi vida

seguro estaba, lo afirmo,

que soy montañés, y nunca

me apropio lo que no es mío.

Registrélos por si acaso

encontraba algún indicio

de traición. Más solamente

en la escarcela del lindo,

(Saca un paquete de cartas atadas con un listón).

atados con esta cinta

encontré estos papelillos,

que me parecen las cartas

de algún buen padre a su hijo.

Pero como no conserva

ninguna su sobrecrito,

y están en abreviatura

las firmas, nada he pedido

yo, que soy lector escaso,

sacar, señores, en limpio.

CONDE.

A ver..., dádmelas.

SARGENTO.

(Se acerca a la mesa y entrega el paquete al Conde).

Son éstas;

no llevaba más consigo.

CONDE.

Id con Dios. Muy satisfecho

queda de vuestros servicios

el Consejo, y el despacho

tendréis de capitán vivo.

SARGENTO.

Y yo, por honra tan grande,

ante el Consejo me humillo.

(Aparte, yéndose).

Si hoy empuño la bengala,

no habrá quien pueda conmigo.

(Vase).

MARQUÉS.

(Con ansiedad).

Señor conde, ¿qué os detiene

las cartas en recorrer?

Importante puede ser

lo que en ellas se contiene.

CONDE.

(Pone el paquete, cual lo recibió, sobre la mesa, y encima de él, la mano).

Según ha dicho el sargento,

no presentan luz alguna.

Y si le dan, oportuna

no la juzgo en el momento.

COMENDADOR.

(Perplejo).

Si es caballero español

ese reo..., descubrir...

CONDE.

(Con entereza).

¿Para qué, si ha de morir,

aunque fuera el mismo sol?

De nada le sirve al juez

el nombre del delincuente;

antes, gran inconveniente

es el saberlo tal vez.

Que ese preso ha asesinado

a un capitán, de servicio

en importante ejercicio,

¿no está, señores, probado?

MARQUÉS Y COMENDADOR.

Sí lo está.

CONDE.

Y la general

ley, de todos conocida,

¿no condena al homicida

a la pena capital?

MARQUÉS Y COMENDADOR.

Es cierto.

CONDE.

¿Y no es evidente

que siendo traidor al rey

ha quebrantado la ley,

en que terminantemente

se prohíbe el impedir

del bando infiel la expulsión,

condenando, y con razón,

a quien lo intente a morir?

MARQUÉS Y COMENDADOR.

No hay duda.

CONDE.

(Resuelto).

Pues sólo veo

en quien hizo tales cosas

de dos penas capitales

un imperdonable reo.

Y dada desde esta silla

una sentencia legal,

aunque sea el criminal

un infante de Castilla,

se ha de cumplir, ¡vive Dios!

(Entra el Secretario).

SECRETARIO.

Ya va a publicarse el bando,

y el pueblo hierve anhelando...

CONDE.

¿El suplicio de los dos?

Dentro de una hora será.

SECRETARIO.

No, señor. Suenan rumores...

CONDE.

(Con desprecio).

¿Qué dicen los habladores?

Mas ¿quién crédito les da?...

SECRETARIO.

Dicen que un grande de España

es el mancebo.

CONDE.

(Con burla).

¿No más?

SECRETARIO.

Y que su acción es quizás,

más bien que delito, hazaña.

Dicen que cristiana: y fiel

es la morisca... Son varios

los cuentos extraordinarios

que de ella cunden y de él,

y reina gran ansiedad.

CONDE.

(Con viveza).

Las tropas a todo evento,

no haya algún traidor intento,

señor marqués, preparad.

MARQUÉS.

(Levantándose).

Voy; mas juzgo necesario,

puesto que en la población

reina alguna agitación,

como dice el secretario,

a punto fijo saber

la importancia del tal reo,

y por esas cartas creo

que se podrá conocer,

pues, aunque el sargento, rudo,

nada de ellas descubrió,

si bien se examinan, yo

que algo se encuentre no dudo.

COMENDADOR.

Pues que no se ha de alterar

por su contenido en nada

la sentencia pronunciada,

se pueden examinar,

para que las precauciones,

según la clase del preso...

MARQUÉS.

Solamente para eso

busco estas indagaciones.

CONDE.

(Incomodado).

Accedo, contra mi gusto,

si os anima ese interés,

pues con esa razón es

que yo me conforme justo.

(Desata el paquete de cartas, y al ver la primera se demuda, tiembla, se levanta y manifiesta gran sorpresa y turbación).

¡Cielos!... ¡Cielos!... ¿Es verdad,

o es un sueño que me engaña?...

MARQUÉS.

(Aparte).

¡Qué turbación tan extraña!

(Alto).

¿Por qué, conde, esa ansiedad?...

CONDE.

¡Ay de mí!... ¡Suerte cruel!

COMENDADOR.

¿Qué descubris, señor conde?

¿Qué grave secreto esconde

ese angustioso papel?

MARQUÉS.

(Dudoso).

Yo la causa no colijo...

CONDE.

(Fuera de sí).

Amigos..., el criminal

que va al cadalso fatal...

es...

MARQUÉS Y COMENDADOR.

(Con gran ansiedad).

¿Quién es?

CONDE.
¡Cielos! Mi hijo.

(Cae sin sentido en el sillón, y le cercan y socorren, atónitos, el Marqués, el Comendador y el Secretario).

ESCENA III

Decoración corta, que representa el interior de una reducida prisión, y salen MARÍA y DON FERNANDO, vestido de soldado, y ambos con cadena y en gran abatimiento

MARÍA.
¡Oh Fernando!

DON FERNANDO.
¡Ay María!

MARÍA.
¡Esposo mío!... ¡Cielos!

DON FERNANDO.
Al darme tú ese nombre

en guirnaldas se tornan estos hierros.

¿Qué me importa la vida,

si en tus brazos la pierdo,

y juntas nuestras almas

de este mundo infeliz alzan el vuelo,

inocentes y puras,

a recibir a un tiempo

en la mansión celeste

la santa bendición del Dios eterno?

MARÍA.

¿Tú morir...? ¡Mi Fernando!

¿Tú morir...? Me estremezco.

¿Qué delito es el tuyo?...

Muera yo sola, pues delito tengo.

Sí, nací delincuente;

la sangre que en mi pecho

por ti late es delito,

delito propio que pagar yo debo.

Pero ¿tú...?

DON FERNANDO.

El adorarte

es un crimen horrendo

a los ojos del mundo,

y de tal crimen me pongo reo.

MARÍA.

¡Fernando!

DON FERNANDO.
¡Dulce esposa!

MARÍA.
(Con gran vehemencia).

Sálvate, te lo ruego.

No me espanta la muerte,

no me espantan los bárbaros tormentos,

si tu vida se salva.

DON FERNANDO.
Yo sin ti la detesto,

y es ya morir contigo

la mayor dicha, que afanoso anhelo.

MARÍA.
¡Fernando!... Tus palabras

desgarran, ¡ay!, mi pecho.

¿Tú morir...? No, ¡Dios mío!

Una víctima basta.

DON FERNANDO.
(Con gran ternura).

Amor y el Cielo

hoy piden dos.

MARÍA.

Esposo,

yo sola morir debo.

Cumpliéronse mis días...,

pues alcancé a ser tuya, y nada espero.

Pero ¡tú...! ¿No contemplas

el porvenir inmenso

que Dios te da propicio?...

Ingrato, ¿podrás tú desconocerlo?

Tu padre..., sí, tu padre...

DON FERNANDO.

Calla, calla, ¡oh tormento!...

Allá en Flandes me juzga.

Sepa quién soy después que hubiere muerto

¿Yo, sin poder salvarte,

intentar...? ¡Dios eterno!

Jamás.

MARÍA.

Sí, que resuelta

a revelarles voy todo el secreto.

Yo llamaré a tu padre,

y a sus pies...

DON FERNANDO.

Vano esfuerzo:

es un juez inflexible.

MARÍA.

Pero es padre también.

DON FERNANDO.

También soy reo.

MARÍA.

¿De qué crimen?

DON FERNANDO.

De amarte.

MARÍA.

¿Qué importa, si yo muero?

DON FERNANDO.

De un homicidio.

MARÍA.

Es falso.

El dar castigo a un forzador perverso

salvando a una infelice,

no ha sido en ningún tiempo

crimen. Y tu inocencia

publicará mi labio al Universo.

DON FERNANDO.

Y moriré.

(Se oye ruido y el cerrojo y llave de la prisión).

MARÍA.

(Suspensa).

¿No escuchas?...

DON FERNANDO.

¡Qué horror!...

MARÍA.

¿Llegó el momento...?

DON FERNANDO.

(Mirando a la puerta sobrecogido de terror).

¡Mi padre!... ¡Oh desventura!

Huye, déjame solo, te lo ruego.

(Empuja a María con violencia hasta sacarla de la escena, y él queda confuso al lado opuesto de aquel por donde se escuchó el ruido. Sale el Conde de Salazar, embozado, y se detiene a la entrada, clavando los ojos en Don Fernando y retirándolos al empezar a hablar).

CONDE.

Él es. ¿Podrá mi valor

tan alto punto alcanzar?

Mi planta siento temblar.

¡Oh cielos!..., dadme favor.

Mas si él es..., ¿qué espero aquí?

Si es cierta mi desventura,

¿qué busco ya, qué procura

mi afán?... ¡Infeliz de mí!

(Pausa).

Si no fuera criminal...

¡Ay!... Si disculpa aun tuviera...

Si alguna desdicha fiera

le arrebató a exceso tal...

¿Ya pretendo alucinarme

buscando disculpas vanas?

¿Quiero mancillar mis canas?

(Resuelto).

Sólo huyendo he de salvarme.

(Va a partir, y se detiene, a la primera voz de Don Fernando, pero sin desembozarse ni volver el rostro).

DON FERNANDO.

¡Padre! ¡Señor!... ¡Padre mío!

(Corre y se arroja a sus pies, y le abraza las rodillas).

Una vez entrado aquí,

¿os vais sin hablarme así,

abandonándome impío?

CONDE.

(Inflexible y sin volver el rostro y con afectado sosiego).

Tengo un hijo solamente,

que sigue en Flandes la guerra.

¿Cómo puede en esta tierra

preso estar, ser delincuente?

DON FERNANDO.

Golpes de fortuna son,

que explicados...

CONDE.

(Con reconcentrado furor).

¿Explicar,

¡oh traidor!, el ayudar

a la morisca nación?

DON FERNANDO.

(Abatido).

¿Yo..., caballero..., cristiano,

a tal crimen arrojarme...?

(Despechado).

Y ¿quién osa apellidarme

traidor?... ¡Cielo soberano!

¡Padre!

CONDE.

(En la misma actitud).

El delito es patente.

¿No osasteis vos atacar

los rebeldes por salvar...?

DON FERNANDO.

(Con energía).

Quien tal os ha dicho, miente.

CONDE.

Y de noche en un camino,

quebrantando toda ley,

¿de un capitán de su rey

fuera mi hijo el asesino?

DON FERNANDO.
(Levantándose con dignidad).

¡Padre, padre! Basta ya.

¡Asesino...! ¿Quién, señor?

¿De vuestra sangre el valor

juzgáis que tan bajo está?

(Con entereza).

Con razón y frente a frente,

cruzándose los aceros,

cual cumple entre caballeros,

le herí, señor, noblemente

a una infelice amparando

que en un monte violentar

quiso el feroz militar,

de su poder abusando.

Al gemido del despecho

de la víctima acudí,

y logré salvarla, sí...

Vos lo mismo hubierais hecho:

que amparar a una mujer

oprimida y principal

de todo ultraje brutal

es un sagrado deber.

CONDE.

(Se va volviendo lentamente enternecido al oír los últimos versos; se desemboza, y sin mirar aún a su hijo, dice aparte, muy conmovido).

¡Cielos..., cielos!... Si es así,

disculpa tiene tu arroj,

gran disculpa.

(Alto).

Me sonrojo

de haber dudado de ti.

(Le echa los brazos).

¡Hijo mío!... ¡Hijo!

(Después de una ligera pausa, recobra su entereza y lo separo de sí con severidad).

Mas... no.

Con la mora te fugaste,

y el decreto quebrantaste

que darle amparo prohibió.

Y salvando de Albenzar

a la atrevida heredera,

del rebelde la bandera

del polvo osastes alzar.

DON FERNANDO.

(Con vehemencia).

¡Padre..., padre!... Yo salvé

en tan crítico accidente

a una mujer inocente

que nunca rebelde fue.

(Con entusiasmo).

Cristiana es, pura, leal,

de Albenzar la hija. Es portento

de virtud y entendimiento,

un encanto celestial.

(Cae de rodillas a los pies padre).

Y..., padre, padre, perdón.

Es la esposa de tu hijo.

CONDE.
(Atónito).

¿Qué es lo que tu labio dijo?

¿Esposa tuya...? ¡Oh baldón!

(Con gran ansiedad).

¿Cuándo...? Acaba... ¿Cómo pudo...?

DON FERNANDO.
(Ahogado).

Cuando nos halló el sargento

se elevaba a sacramento

nuestro indisoluble nudo.

En un lugar de mi estado

nos ha unido a ambos a dos

el sacerdote ante Dios

con el rito acostumbrado.

CONDE.

¿Tú de una morisca...? Di.

DON FERNANDO.

Dios santo es de ello testigo.

CONDE.

(Furioso).

¡Infeliz! Yo te maldigo.

DON FERNANDO.

(Aterrorizado).

¡Padre!... ¡Qué horror!... ¡Ay de mí!

(Cae al suelo).

CONDE.

(En actitud amenazadora y con terrible furor).

Vuele al cadalso la infiel,

y que del verdugo el brazo

rompa y destroce ese lazo,

dogal para mí cruel.

(Yéndose precipitado).

Que no se retarde más

el suplicio, ni un instante.

DON FERNANDO.
(Arrastrándose tras de su padre).

Como esposo, como amante,

debo también...

CONDE.
(Volviendo con rapidez).

Morirás.

(Vase. Sale María y estrecha en sus brazos a Don Fernando).

MARÍA.
Todo lo escuché... ¡Dios mío!

De bronce o de mármol soy,

pues lo escuché y viva estoy.

¡Oh crueldad!... ¡Oh padre impío!

Fernando..., Fernando..., esposo...

DON FERNANDO.
Mejor, dime tu verdugo,

pues darme al Destino plugo

tormento tan espantoso.

Yo... Sí, de tu perdición

soy la causa...

(Desesperado).

¡Horrible suerte!,

pues que te arrastro a la muerte

con mi necia indiscreción.

De mi padre la violencia,

para romper nuestro lazo,

a apresurar corre el plazo

de la espantosa sentencia.

MARÍA.

¡Fernando!

DON FERNANDO.

Ya no hay piedad;

cerróse toda esperanza.

MARÍA.

Aún tengamos confianza

en la celeste bondad.

DON FERNANDO.

Me horrorizo, me confundo...

MARÍA.

Si te salvo con mi muerte,

como ya espero, mi suerte,

es la más feliz del mundo.

DON FERNANDO.

¿Yo sin ti la vida...? No;

juntos al Cielo volemos,

que allí el amparo tenemos

del que al hombre redimió.

(Salen el Alcaide y dos Alabarderos).

ALCAIDE.

Si sois cristiano, venid,

que un religioso os espera

en la capilla de afuera;

vuestras almas prevenid.

MARÍA.

¡Fernando!... ¡Esposo!...¡Qué horror!

DON FERNANDO.

(Con resignación y dignidad).

Pura, angelical María,

sea la Virgen nuestra guía,

y muramos con valor.

(Vanse).

ESCENA IV

Representa el gran salón del Consejo. Entran el COMENDADOR y el SECRETARIO

COMENDADOR.

Terrible es la situación

del conde de Salazar.

¿Es cierto que fue a apurar

su desdicha a la prisión?

SECRETARIO.

El hijo a reconocer,

pues aun dudaba que él fuera,

entró en la torre.

COMENDADOR.

Quisiera

poderle en algo valer.

¡Tal afrenta!... ¡Desdichado!

¿Su hijo heredero traidor...?

A mancha tal en su honor,

¿qué objeto le habrá llevado?

Parece imposible.

SECRETARIO.

Es cierto.

Yo juzgo que alguna cosa

escondida y misteriosa

reina en tanto desconcierto.

(Entra el Marqués de Caracena apresurado).

MARQUÉS.

¿Dónde..., dónde el conde está?

SECRETARIO.

No ha vuelto de la prisión.

MARQUÉS.

Muy temible agitación

cundiendo en el pueblo

va, y es preciso...

SECRETARIO.

El conde viene.

COMENDADOR.

(Mirando a la entrada).

De un cadáver insepulto

mejor dijerais el bulto:

de un espectro el aire tiene.

(Sale el Conde de Salazar demudo y descompuesto, y, sin reparar en nadie, se arroja despechado en un sillón).

COMENDADOR.
(Acercándose con timidez).

Señor conde, y ¿es verdad...?

CONDE.
(Con terrible acento).

Al cadalso esa mujer.

¡Pronto, pronto!

MARQUÉS.
(Con firmeza).

Puede haber

alguna dificultad.

CONDE.
(Furioso).

Ninguna. Al cadalso luego.

De este peso me liberte,

que hoy me abruma, con su muerte.

MARQUÉS.
(Acercándose).

Señor, escuchadme, os ruego.

La morisca está casada.

CONDE.
(Fuera de sí).

¡Infamia!... ¡Afrenta! El sayón

tal lazo de maldición

romperá.

MARQUÉS.
(Con tesón).

Queda salvada

siendo su esposo cristiano:

la ley terminante es.

CONDE.
No en este caso, marqués.

MARQUÉS Y COMENDADOR.

Considerad...

CONDE.
(Levantándose y con actitud y tono de dominio).

Es en vano;

que la sangre de Albenzar

se extermine manda el rey,

y ésta es la suprema ley,

que cumplida ha de quedar.

VOCES.
(Dentro).

Detente.

OTRAS VOCES.
(Dentro).

Atrás.

OTRAS.
(Dentro).

¿Estás loca?

FELISA.
(Dentro).

Entraré, aunque os pese a vos,

que el paso abre siempre Dios

a quien su justicia invoca.

MARQUÉS.
(Sobresaltado).

¿Qué alboroto puede ser...?

COMENDADOR.
(Mirando afuera).

Los guardias atropellando

hasta aquí mismo va entrando

frenética una mujer.

FELISA.

(Dentro, pero más cerca).

Dios me envía; respetad...

VOCES.

(Dentro, pero cerca).

Atrás... Pronto.

FELISA.

(Dentro).

Es inocente,

y Dios justo no consiente.

MARQUÉS.

(Decidido, acercándose a la entrada).

Guardias, el paso dejad.

(Entra Felisa muy agitada descompuesta).

FELISA.

(Fuera de sí).

No es morisca, que es cristiana.

De Albenzar no es hija, no;

del trueque culpa soy yo:

es de sangre castellana.

COMENDADOR Y SECRETARIO.

¿Qué dice?

MARQUÉS.
(Con viveza).

¿Qué?...

CONDE.
¡Oh confusión!

MARQUÉS.
(Acercándose a Felisa con mucho interés).

Habla, mujer.

CONDE.
(Agitado).

Habla, di.

FELISA.
Prestad, que os cumple, atención.

(Con rapidez).

Ha dieciocho años

que estando una noche

con mi amado esposo,

que del Cielo goce,

sola en mi cabaña,

en aquellos montes

que en sus hondas quiebras

a Alajuar esconden,

tocó fatigado,

perdido en el bosque,

huyendo la furia

de unos salteadores,

pidiendo socorro,

a mi puerta un hombre.

Bajó de un caballo,

y en la choza entróse;

y al desembozarse

demonstró en su porte

ser hombre de cuenta,

que esto se conoce.

Vi que un envoltorio

resguardaba, donde

de un recién nacido

noté los clamores.

Pregunto curiosa,

me acerco, y mostróme

un ángel del Cielo,

una niña, entonces

de dos o tres días,

con tales facciones,

con tanto atractivo

de celestes dotes,

que con sus encantos

el alma robóme.

Presentéle el pecho,

y ansiosa tomóle

(tres meses habría

que de mis amores

el fruto perdiera),

y la niña hallóse

tan bien en mis brazos,

que al momento el hombre,

si quería encargarme

de ella, preguntóme.

«Con el alma», dije;

y él repuso entonces:

«Ya está cristianada;

María es su nombre,

y de vuestras dichas

puede ser el norte.

Mas secreto importa,

que un misterio esconde

que interesa mucho

a grandes señores.

Yo volveré a veros,

pues que ya sé dónde».

Y algunas monedas

dándome, partióse.

MARQUÉS.
(Muy agitado).

Acabad.

FFLISA.
Yo, loca,

no con tales dones,

sino con la niña,

a poner fuí en orden

sus ricos pañales,

que decían a voces

ser aquella prenda

de sangre muy noble.

MARQUÉS.

(Con ansiedad).

Y ¿qué hicisteis?... Dime.

¿En dónde está?... ¿Dónde?

Infeliz, acaba,

que el alma me rompes.

FELISA.

A los pocos días

de parto murióse

de Albenzar la esposa,

y proposiciones

de criar su hija

me hicieron. Entróme

deseo, llevada

(que al cabo era pobre)

de obligar con ello

a Albenzar, al hombre

de mayor riqueza

en aquellos montes;

y amo, a quien servían

también de pastores

mi padre, ya viejo,

y mi esposo, aún joven;

accedí, encargueme

de la crianza doble;

tomé a la morisca,

y a las pocas noches

tuve la desgracia

de que diera un golpe,

mientras yo dormía,

cayendo del borde

de la cama al suelo,

que la muerte dióle.

Yo, desatentada,

confundida entonces,

de Albenzar temiendo

los justos furores,

y no habiendo vuelto

a ver a aquel hombre

que la otra criatura

me trajera...

MARQUÉS.

Acorte

palabras tu labio,

excuse razones.

Le diste por hija

la niña del bosque.

FELISA.

Sí, Señor. Confieso

mi delito enorme.

Le engañé. Y a poco

con ella llevóme

a su casa, y nunca

de mí separóse.

MARQUÉS.

(Aparte).

¿Cómo yo encontrarla

con morisco nombre?

(Alto, a Felisa).

Infame..., ¿la hiciste

morisca?... Responde.

FELISA.

(Con fervor).

La crié cristiana,

que, aunque nací pobre,

de cristianos viejos

y de raza noble

castellana sangre

por mis venas corre.

Cristiana, inocente

es esa que, atroces,

habéis condenado.

(Profunda, sensación).

¡Dios os lo perdone!

CONDE.

¡Oh cielos!... Respiro.

MARQUÉS.

Y ¿encontraste sobre

la niña..., en sus ropas...?

FELISA.

En un lienzo doble,

este pergamino

esta cruz.

(Saca del pecho un pequeño pergamino escrito y una crucecita de oro, que entrega al Marqués. Este reconoce uno y otra enajenado de gozo).

MARQUÉS.

Rompióse

el velo angustioso,

al fin la hallé... Y ¿dónde?

¡Ay hija del alma!

(Dentro cajas).

¡Funesto redoble!

CONDE.

Volad, secretario;

suspended el golpe...

MARQUÉS.

(Con ansiedad).

Volad, y rompiendo

sus duras prisiones,

vengan a mis brazos.

(Vase el Secretario).

FELISA.

(Enajenada de gozo).

¡Oh Virgen!... Salvóse.

(Va a marchar, y la ase de un brazo y la detiene el Conde).

CONDE.

Mujer, decid: ¿es seguro

cuanto aquí habéis revelado?

FELISA.

Yo por el crucificado

delante de Dios lo juro.

El vicario de Alajuar,

a quien yo en la confesión

hice esta declaración,

me puede justificar.

(La suelta el Conde y se va).

CONDE.

(Deteniendo al Marqués).

¡Señor marqués...!

MARQUÉS.

(Con viveza).

Sí; es mi hija,

y de una ilustre señora...

No es posible entrar ahora

en esta historia prolija.

Basta decir que casado

yo con la madre estuviera,

si la muerte no la hubiera

a mi amor arrebatado.

COMENDADOR.

(Deteniéndolo también).

La niña, ¿cómo quedó

en un abandono tal?

MARQUÉS.

Porque mi estrella fatal

en ahogarme se empeño.

Mataron los salteadores,

al volver, a mi criado,

y me quedé condenado

a mil dudas y temores.

Después mil pesquisas hice

en vano... ¿Cómo acertar

que era la hija de Albenzar

la que buscaba...? ¡Infelice!

COMENDADOR.

Ya vienen.

MARQUÉS.

(Enajenado).

¡Dulces pedazos

del alma!

(Observando).

¡Ay!... ¡Su madre es!

(Entran Don Fernando con Corbacho, María con Felisa y demás Guardias y Pueblo de Valencia).

DON FERNANDO.

(Arrojándose a los pies del Conde).

Padre mío, a vuestros pies...

CONDE.

(Con gran ternura).

Toma, hijo mío, los brazos.

(Se abrazan).

MARÍA.

(Arrojándose en brazos del Marqués).

¡Señor!... ¿Vos...?

MARQUÉS.

(Fuera de sí).

¡Oh prenda mía!

(Pausa).

¡Oh conde!...

CONDE.

¡Oh marqués! ¡oh amigo!

Yo su santa unión bendigo.

(El Conde empuja de un lado a Don Fernando, y el Marqués, de otro a María para que se abracen).

MARQUÉS.
(Al Conde).

Será la heredera mía.

COMENDADOR.
(Enternecido).

¡Cielos!

FELISA.
(A Corbacho).

Milagro es patente.

CORBACHO.
Lo es sin duda.

COMENDADOR.
A la inocencia

siempre ampara la clemencia

del Dios Santo omnipotente.

Sevilla, 1841.

FIN DE «LA MORISCA DE ALAJUAR»

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

